

REVISTA NACIONAL

DE

LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año III—Tomo III

Montevideo, 25 de Octubre de 1897

Número 58

REDACCIÓN:

Daniel Martínez Vigil.
Victor Pérez Pettit.
Carlos Martínez Vigil.
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Capital, por mes	\$ 0.50
En campaña " " " " " " "	" 0.60
En el exterior " " " " " " "	" 0.70
Número suelto	" 0.30

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN:

Librería Nacional, de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—"El Anticuario".—Joya Literaria, de Cuspineria, Teix y C.^a

ADMINISTRACIÓN:

CALLE TREINTA Y TRES, NÚM. 219

SUMARIO:—CONTRIBUCIÓN AL ROMANCERO CASTELLANO, por Eduardo de la Barra—CAUDENCIAS, por Adela Castelli—CARTA ABIERTA, por Carlos Martínez Vigil—ACUARELAS, por Victor Pérez Pettit—PARA LA NOVELA, por Guzmán Irujo y Zes—ESTUCAS, por Gerardo García Hamilton—Lodo, por José L. González—LA REGÍA DE MONROE APLICADA A LA LINGÜÍSTICA, por Rufino Blanco Fombona—IDIOMAS, por Pedro J. Naón—POESÍAS, por Heriberto López—CARTA FILOLÓGICA, por Gerardo García Hamilton—ENTRER LAS SOMBRAS, por José M. Barreto—EL HERREIRO, por Carlos Ortiz—JUAN EL BARTISTA, por J. Santiago Espinosa—A..... por Jorge L. Sáenz—MEDICINA LEGAL, por el Dr. José Ferrer o y Olaondo.

De cómo se exhuman de las crónicas antiguas

LOS ROMANCES Y LAS CANCIONES DE GESTA

I.

Es evidente que en el desarrollo de nuestras sociedades modernas la poesía épica popular fué la primera forma que tomó la tradición. Los sucesos culminantes eran al punto poetizados rústicamente y cantados de burgo en burgo y de castillo en castillo.

Estas canciones de carácter épico y de origen popular, con los años iban creciendo, y sufrían los agregados é interpolaciones que anónimos poetas y juglares les imponían, al mismo tiempo que sus versos iban sufriendo las alteraciones que afectaban á la lengua, de modo que ellas siempre aparecían frescas y al gusto y alcance de los oyentes. Tal canción del siglo XI será el poema del siglo XII, muchas veces más extenso, diferente en su lenguaje; pero, en el fondo el mismo, como sucede con los ríos, que, breves en su nacimiento, se tornan caudalosos al vaciarse en el océano.

Á veces un mismo cuento primitivo ó tal cantinela rodaron por dos vertientes ó puestas partiendo de la misma cumbre, y así es

que puede encontrarseles convertidos en dos poemas diferentes en la forma; mas, con un fondo común.

En ellos hay personajes como el Cid, Fernán González, Bernardo del Carpio, que se fundan en la turbesca de la imaginación popular, y toman el cuerpo que la leyenda les atribuye de una manera indeleble y con todo el vigor de una realidad histórica. Don Quijote y Sancho tienen más vida real en la ficción, que muchos personajes históricos que nos parecen novelescos. Con más razón los héroes que encienden la imaginación del pueblo y arrebatan su admiración y afecto: esos cristalizan en tipos inmortales, fijos é inalterables. Los personajes secundarios que los rodean participan de este privilegio, y entonces, cualquiera, no importa quien, que meta mano en el poema, lo modificará sin alterar sus caracteres. De ahí la unidad en aquella obra colectiva, acaso de muchas generaciones, labrada como un panal.

Sólo más tarde llega la época de la historia. Comienza ésta por las genealogías; por la necesidad vanidosa de conservar los hechos y merecimientos de los antepasados y los propios. Ampliándose el círculo, se pasa al empeño de fijar la genealogía nacional, ó sea los hechos que honran a la colectividad y son motivo de su satisfacción y orgullo.

Para realizar su empresa, el cronista primitivo apela á la tradición, y la encuentra principalmente en aquellos poemas crecidos que tuvieron por fuente las viejas canciones en que los grandes hechos hubieron de celebrarse apenas ocurridos.

Del poema nace la crónica. En la *Crónica General* de D. Alfonso el Sabio están deslidos los cantares del Cid, del Conde Fernán González y algunos romances de su tiempo, á veces con una fidelidad que pasma, tanto que de allí, con cierta diligencia, pueden sacarse á luz trozos enteros de poesía épica y romances populares antíquísimos, como suelen extraerse de entre las ruinas estatuas rotas y vasos preciosos.

Estos hechos, que son generales, me maravillaron la primera vez que los oí enunciar á don Andrés Bello, hace muchos años, en una carta sobre el Poema del Cid dirigida al Secretario perpetuo de la Academia Española, don Manuel Bretón de los Herberos. Creía que nadie, fuera del genio de don Andrés, fuera capaz de concebir aquella idea luminosa, ni emprender la obra de extraer algunos fragmentos de viejos poemas de las canteras del Rey Sabio.

Poco después encontré que César Cantú enunciaba el mismo concepto que tan original me había parecido: al hablar del historiador Jornáñez, dice: que quien quiera tener idea de lo que fueron los primitivos

cantos góticos, los busque en aquellas páginas donde aun palpitan sus restos dispersos.

En seguida me encontré con la misma idea en Macaulay. Este pretende restaurar las antiguas canciones de Roma, sacándolas de Tito Livio, quien á su parecer formó con ellas buena parte de su historia.

Luego registré a Ticknor, á Wolf y otros pro-hombres de la crítica histórica, hasta llegar á Amador de los Ríos y Menéndez Pelayo, y en todos he encontrado el hecho que en un tiempo me pareció tan singular y acrecentó tan vivamente mi admiración por don Andrés.

Hoy, restaurar los viejos poemas, evocarlos del panteón de las crónicas donde yacen para traerlos á nueva vida, me parece un juego.

II.

Estas ideas, aunque sencillas, se comprenden mejor con el ejemplo al lado, que eso es ilustrativo y práctico.

Vamos a ver cómo un trozo de poema se hace crónica, y cómo de la crónica se puede nuevamente extraer aquel trozo de poema.

En el Poema del Conde Fernán González se lee esta copla:

277 Uno de los del Conde | valiente cavallero,
Cavalgó en un cavallo | muy fermoso et ligero;
Díol' de las espuelas | por cima d' un otero
Et abrióse la tierra | et sumióse el cavallero.

Del Poema pasó esta estrofa á diluirse en la prosa de la *Crónica General*, y el trozo resultante es el que en seguida consigno, tomándolo de Amador de los Ríos, pues jamás he podido conseguir esa interesante Crónica, que es como un arca de la poesía primitiva.

« Un cavallero de los suyos—dice—
« ome muy arreciado et muy valiente cavallero, cavalgó en un cavallo muy valiente, fermoso et ligero, et firiol' de las espuelas por salir adelante, et abrióse la tierra et sumióse el cavallero. »

El trasvase del verso á la prosa no puede ser más evidente. Ahora, el caso contrario es igualmente evidenciable. Supongamos perdida la estrofa originaria, y propongámonos rehacerla con el material que la Crónica nos proporciona. Así, para ejemplo, la restauraríamos:

Uno de los sos omes | valiente cavallero,
Cavalgó en un cavallo | muy fermoso et ligero,
Firiol' de las espuelas | por salir delantero,
Abrióse la tierra | et sumióse el cavallero.

Al rehacer esta estrofa he tenido únicamente en vista la prosa de la Crónica; sólo después de terminada la he cotejado con la primitiva del Poema, como si ésta hubiese sido encontrada posteriormente.

Son bien parecidas. El primer verso de la una es idéntico al primero de la otra y la diferencia entre ambos se explica fácilmente.

Los segundos resultan iguales, porque para reducir á metro la frase correspondiente en prosa no hay más que suprimir uno de los tres epítetos, *valiente, fervoso y ligero*. Forzosamente sale fuera el primero, que ya está dicho en el verso anterior.

En el tercero se sigue á la crónica, y en vez de «por salir adelante,» se dice: «por salir delantero,» ya que así la rima lo exige.

En el cuarto verso, que pudo ser igual al correspondiente de la copla primitiva, se ha hecho una ligera variante para que conste, pues el del original tiene una sílaba de más.

Ambas coplas tienen el defecto de rimar *cavallero* consigo mismo, lo que puede subsanarse, poniendo en el primer verso otra rima equivalente, como *escudero, pechero, mesnadero, compañero*, etc.

Así, pues, el ejemplo propuesto nos hace ver el flujo y reflujo de estas poéticas arcaicas que se vacían en las crónicas y de las crónicas vuelven á surgir á nueva vida.

En la edición de Janer, que tengo á la vista, esta copla es diferente de la que publica Amador de los Ríos y nosotros hemos tomado de ejemplo.

Aquella es como sigue:

- 296 Uno de los del Conde, | valiente cavallero,
Natural de Entrevinno; | de la puente Ytero,
Tome buen cavallo, | fervoso e ligero
Puso! de las espuelas | por (en) cima de uno tero.
297 Partiose la tierra con él | e sumiose el cavallo...
Partiose! con él la tierra; | somiose el cavallero.

Cree el señor Janer, no con mucho fundamento, que, si hay gran parecido entre la *Crónica General* de D. Alfonso y el *Poema de Fernán González*, «hay más visos de que el poema sea amplificación de la crónica, que no de que ésta sea compendio de aquél. Lo más verosímil parece que la narración en prosa sea la más antigua de las dos, y la que suministró materiales para la composición poética.»

Tal opinión ya no parece sostenible desde que hoy se sabe que la primera forma de la crónica no es la prosa sino el verso, y así como el *Poema del Cid* pasó á rellenar las páginas de la *General de D. Alfonso*, otro tanto ha acontecido, á no dudarlo, con el *Poema de Fernán González*. Ambos son anteriores á la Crónica.

Así lo confirma Menéndez y Pelayo con muy atinadas y convincentes razones en uno de los eruditos prólogos á su *Antología de Poetas Castellanos*.

Pongamos otro breve ejemplo del mismo Poema.

Relata la *Crónica General* el muy sabido encuentro del Conde Fernán González, fugitivo y cargado de hierros, con un mal Arcipreste de Tudela que andaba cazando en el monte. Este atentó contra la Infanta D.^a Sancha, desposada y libertadora del Conde, amenazando descubrirlos y entregarlos á ambos si ella no cedía á sus lúbricos deseos.

El Conde, sorprendido por el Arcipreste, así le dice: — «Ruego-vos, amigo, que nos

«tenga-des poridat (que nos guardéis el «secreto) et prometo-vos si lo facedes que «yo vos dé en Castiella una cibdad de las «mejores que yo oviesse, que siempre la «mejores por hereditat.»

Esto dice la Crónica General, lo que restaurado sería:

Ruego-vos Arcipreste | que non fagads maldat,
Et que bien nos tengades | aquesta poridat:
En Castiella gentil | darvos ó una cibdat:
Que vos la siempre ayades | amig, por hereditat.

Abramos ahora el Poema de Fernán González y luego daremos con la copla 641, que es la correspondiente, y dice así:

Dixo el Conde al Arcipreste: por Diós sea tu bondat,
Que nos quieras a entramos | tener aquesta poridat;
En medio de Castilla darto yo una cibdat,
De guysa que la ayas siempre por tuya de ereditat.

Aquí el metro está estropeado y hay que restaurarlo para que se ajuste á los alejandrinos del Poema:

El Conde al Arcipreste | dixol: — | Per caridat,
Quieras tenernos a amos | tener esta poridat!...
En medio de Castilla, | darto! una cibdat,
De guisa que la ayas | siempre por ereditat.

La estrofa original es de *romance*, pues tiene 16 sílabas por pie, como se verá más claro en la restauración siguiente:

Dixo el Conde al Arcipreste: | por Diós, sea tu bondat
Que nos quieras a entramos | tener esta poridat:
Yo en medio de Castilla: | darto he una cibdat,
De tal guisa que por tuya | la ayas siempre de ereditat.

Como se ve, la estrofa original tal como hoy se encuentra, la restaurada, y la sacada de la Crónica, son esencialmente una misma cosa: sólo se diferencian levemente en algunos detalles.

Con el auxilio de las crónicas sería posible restaurar y rectificar los viejos poemas adulterados, como se comprende fácilmente después de lo que en pequeño acabamos de ver. Voy más lejos: no vacilo en afirmar la posibilidad de rehacer otros poemas hoy perdidos, valiéndose de las crónicas que los contengan.

Al *Poema del Cid* le falta acaso la mitad de su contenido primitivo, como lo deja ver la Crónica: falta desde el episodio inicial de la muerte del Conde *lozano*, padre de Jimena, hasta el cerco de Zamora y muerte del rey don Sancho. Falta en seguida la escena famosa de la Jura en Santa Gadea, tomada por el Cid á don Alfonso VI, y las hazañas de aquel famoso caballero.

Si yo dispusiera de la *Crónica General de España* del rey don Alfonso, publicada el año en que se fundó á Santiago (1541) y reimpresa en 1606, sin vacilar emprendería la obra de rehacer esa mitad tan interesante del viejo poema castellano, y estoy seguro que, si algún día pareciera el pergamino con la parte perdida, no habría de diferenciarse esencialmente de mi trabajo, ni más de lo que se apartan entre sí las estrofas antes cotejadas en este breve estudio, precursor de otros más serios y más extensos.

EDUARDO DE LA BARRA,
de la Real Academia Española.

Chilo.



GADENGIAS

Hay una música dentro del alma
con *harmónicas* tan seductoras!
tiene *andantinos* de noche en calma,
tiene arpegiales ritmos de auroras.

Tiene *alegres* de festivos,
y *sostenidos* de ansias secretas,
y *caldorosos*, temor de males
de esos que agitan á los poetas.

Tiene *preludios* donde palmitan
notas ocultas del sentimiento,
guarda *silencios*, por donde gritan
voces que no hallan su propio acento,

Tienen sus *notas* cuando batallan
todos los ruidos de la pe'en,
los clamoreos que siempre estallan
si los rencores vencen la idea.

Gimen sus *notas* con los dolores,
cantan sus *notas* con la ventura,
hay en sus *notas*, de los amores
todas las voces y la ternura.

Vibran sus *notas* los castos goces,
dulces promesas, locos delirios
de esos que vienen y van veloces,
que son ciclones después de idilios.

El *pentagrama* de las pasiones
cierra el enigma de las *escalas*,
guarda la *llave* de los turbiones
que hacen pedazos las blancas alas.

ADELA CASTELL.

CARTA ABIERTA

Montevideo, 25 de Octubre de 1897.

Señor don Ricardo Palma

Lima.

Respetado señor y amigo:

Fuera de aquellos casos en que hay necesidad imprescindible de aclarar las ideas, por haber sido un autor mal ó incompletamente comprendido, tengo para mí que no existe hoy el derecho de salir á la defensa de las obras propias lanzadas á la circulación y al juicio público. La tarea del escritor concluye generalmente donde comienza la de la crítica, y es natural que así suceda, desde que cuando ésta se ejerce con independencia de juicio, vastedad de criterio y altura de miras, anticipa en cierto modo el fallo justiciero y sin alzada de la historia. No quiero decir que haya hecho V. mal constituyéndose en defensor de sus *Neologismos* en su culta y atenta misiva de 31 de agosto, que contesto: lo que intento es justificar esta carta aclaratoria de mis ideas, que remito á V. y no á otro alguno de mis críticos por dos razones principalmente: por ser sus *Neologismos* el libro ocasional de mi opúsculo, y por la envidiable altura á que sus obras lo han elevado á V., que

puede ser llamado sin injusticia el decano de los escritores ilustres de América.

Refiere don José Zorrilla, en unas notas finales que pone a su poema *Granada*—ignoro con qué grado de circunspección y de verdad histórica—que en cierta ocasión Mahoma obtuvo de Dios, por intermedio de Moisés, una gracia especial, que el fundador de la religión musulmana cuenta de esta suerte: «Habíame Dios ordenado orar *cincuenta* veces por día, y al pasar por el cielo de Moisés le di a conocer la orden que había recibido.»—«Vuelve al Señor, me dijo el libertador de los hebreos; ruega á Dios que dulcifique semejante precepto: tu pueblo no podrá jamás cumplirlo.» Volví á remontarme al cielo del Altísimo, y le rogué que disminuyera el número de oraciones, que redujo á *cuarenta*. El sabio Moisés me aconsejó que le hiciese nuevas instancias, y después de repetidos viajes míos, Dios redujo á *cinco* el número de las oraciones diarias.»

Es poco más ó menos lo que ha hecho V. en el ocurrente caso. Escribió un libro abundante de americanismos y neologismos, aunque no tan completo ni copioso como pudiera; los recomienda con tal motivo á la pública consideración; oye atento la voz independiente de la crítica, y concluye, con longanimidad y benevolencia sumamente encomiables, por reducir á cinco el número de sus favoritos vocablos neológicos.

De las muchas voces de que trata su interesante folleto, V. ha elegido los verbos *irrigar*, *independizar*, *presupuestar*, *dictaminar* y *clausurar*, todos cinco de uso constante en América y no desconocidos en España. He extrañado que V. insista sobre ellos, desde que mi censura, por motivos diferentes, sólo ha recaído sobre los dos primeros; respecto del tercero, *presupuestar*, me he limitado á reconocer el hecho de las dificultades que la idea de su aceptación ha ocasionado, y nada, absolutamente nada he dicho en cuanto á los dos últimos, que buen plantón se han llevado á la puerta del templo, y que son mercedores á mi entender de la entrada que se les discute y de que sean amorosamente recibidos en el sagrado del léxico oficial.

Lamento que V. tome la defensa de *chavacano*, y que considere á esta palabra, escrita de esa suerte, en el mismo caso que *maravilla* y muchas otras que debiendo llevar *h* según el origen, el uso general las escribe con diferente ortografía.

Yo cité á V. el vocablo para demostrarle con algunos ejemplos la verdad de mi tesis, de que es grave yerro elevar á la categoría de reglas lo que han dicho, sin conciencia á las veces, escritores calificados, muy dignos de consideración y respeto, sin duda alguna, pero sin duda alguna también menos dignos que la verdad y la razón. Decía á V. que un error no deja de serlo por el hecho de haber incidido en él doctores de los de más reverendas, ni cambia de naturaleza tampoco por haberse en él incurrido una, diez, cien veces; que esto no prueba otra cosa sino su generalización. No debo de andar muy descaminado, cuando dos ilustres escritores americanos con cuya amistad me honro, coincidan conmigo en

este punto: el doctor Valderrama, de Chile, que habla de la necesidad de distinguir *usos* y *usos* y menciona la existencia de disparates muy generalizados, y mi compatriota Daniel Muñoz, el insigne cervantista, quien explícitamente manifiesta que no es la pluralidad del uso la que puede determinar la adopción de palabras corrompidas.

No estoy solo, pues, cuando acaloro estas ideas; pero, aun si así fuera, no me he considerado nunca solo cuando he creído estar acompañado de la justicia y la razón. Creo no estar exento de defectos propios, para que voluntariamente acrezca su número con los de la generalidad. En la discusión, como en la guerra, los enemigos se combaten, no se cuentan; y hay algo más grande que la adhesión incondicional á las verdades admitidas y la ciega obediencia á la fuerza aplastante del número: es la resistencia razonada contra los que se conceptúan ajenos errores y el combate, hermoso por lo atrevido, de las densas é impenetrables sombras que se van y los primeros rayos de la verdad naciente.

El caso de *chavacano*, que menciono en mi opúsculo, no es único ni mucho menos, como V. se convencerá si se digna pasar la vista por estas líneas, encaminadas á demostrar lo contrario.

Citaba á V. las autoridades de Mora, Coll y Vehí, Cañete, Bretón, Bello, Clemencín y Valera, que emplean la palabra de la manera transcrita, y puedo agregar ahora los nombres de don Ramón de la Cruz y de Valbuena (el chico). Pero la escriben con arreglo al origen y á todos los léxicos que traigo entre manos: Monlau en su *Diccionario etimológico*, el mismo Clemencín en sus *Comentarios al Quijote*, Abigail Lozano en su *Colección de poesías*, Cuervo en sus *Apuntes*, Clarín en *AO, 50 poeta*, Manuel del Palacio en *Clarín entre dos platos*, Rivodó en su *Diccionario consultor*, Merchán en sus *Estudios críticos*, José Feliú y Codina en el prólogo á los *Saúnetes* de don Ramón de la Cruz y Emeterio Andrés y Rodríguez en su *Diccionario*.

Traen *absorber* con esta ortografía: Joaquín Francisco Pacheco [*Literatura, historia y política*], Avellaneda [*Escritos*], Amunátegui [*Cuadros antiguos*], Martínez Villergas [*Poesías*], Cané [*Charlas literarias*], Rivodó [*Entretenimientos gramaticales*], Acevedo Díaz [*Ismael*], y mil más. Y *absorber* (como debe escribirse, sorber enteramente, sin dejar pizca): don Alberto Lista [*Ensayos*], Leandro Fernández de Moratín [*Obras*], Monlau [*Diccionario*], de la Barra [*Sistema acentual castellano*], Valera [*Cartas americanas*], Castelar [*Discurso sobre Echegaray*] y Gómez HERNOSILLA [*Arte de hablar*].

Los autores de gramáticas censuran generalmente el uso de una *h* á todas luces inútil y embarazosa en las palabras *exorbitante* y *exuberante*, que escritas de esta última manera figuran en los diccionarios. Recuerdo, sin embargo, haber visto *exorbitante* y *exuberante* en Clemencín [*Comentarios al Quijote*, IV, 323, y VI, 343], Martínez Villergas [*Poesías*, 47], Miguel Luis Amunátegui [*Cuadros antiguos*, 129], García Mérou [*Confidencias literarias*, 209], Alberto del Solar [*Rastagoucre*, 44], Verdes Monte-

negro [*Nuestros hombres de ciencia*, 91], Eduardo Acevedo Díaz [*Ismael*, 44], Ernesto Quesada [*Reseñas y críticas*, 28 y 203] y Joaquín V. González [*La tradición nacional*, 20.]

En la acepción neutra, no lleva preposición el verbo *acostumbrar*, y V. convalida conmigo en que es grave yerro decir como muchos: *acostumbra á venir*, *acostumbra á pasear*. La práctica contraria de la que con Cuervo aconsejo, puede V. verla en Clemencín [*Comentarios*, II, 272], Zorrilla [*Granada*, I, 37], Martínez Villergas [*El Tío Camorra*, prólogo XXII, 1848], Gener [*Amigos y maestros*, 14], Cánovas del Castillo [*Discursos*], Bretón [*Obras*, I, XIV], Montoto y Rautenstrauch [*Un paquete de cartas*, 32], Hermosilla [*La Iliada*, II, 96], Valbuena [*Fe de erratas*, II, 243], Benot [*Prosodia y versificación*, II, 127], Reyles [*El Extraño*, 9] y en los *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*.

Han empleado *intervalo* como esdrújulo: Hartzenbusch, Avendaño, Benot, Martínez Villergas, Acevedo Díaz y León de Palleteja; *metamorfosis*, por *metamorfosis*: Clemencín, Ernesto Quesada, Cané, de la Barra, Barcia, Valderrama y Monlau; usado en plural el adjetivo que sigue á la expresión *á cual más*: Isla, Moratín, Revilla, Clemencín, Llorente, Sbarbi, Benot, Verdes Montenegro, Gayangos y Gener; escrito *horfandad* por *orfandad*: Cervantes, Zorrilla, Nicolás Avellaneda y Monlau; empleado *recientemente* sin contraer ante participio: Merchán, Pacheco, Pereda, la Pardo Bazán, de la Barra, Campión, Jovellanos y José de Navarrete; contraído ese mismo adverbio indebidamente de la Barra, Quesada, Cané, Manuel A. Ponce, Leonardo Eliz y Carlos Reyles; escrito *sino* en lugar de *sino*: Cervantes, Balmes, Pacheco, Amador de los Ríos, Donoso Cortés, Garcés, Ángel de Saavedra, Mora, Martínez Villergas, el autor de *Académicas*: (¿don Juan Valera?), de la Barra, Acevedo Díaz, Ernesto Quesada y Cané; dicho *vacia* en vez de *vacia*: Valera, Gener, Moratín, Echegaray y Valbuena; usado *debe de* en casos que debieron omitir la preposición: Núñez de Arce, Campillo y Correa, Clarín, Valbuena, Riguera Montero, Ángel de Saavedra y Sánchez de Castro; escrito *herrores* con *h*: Martín García Mérou y Tomás Guevara, y empleado *renegrido* por *denegrido*: Sarmiento, Adolfo Berro, Juan María Gutiérrez, Esteban Echeverría y Carlos Reyles.

Era asunto muy controvertido en tiempos de Baralt el de saber qué régimen corresponde al verbo *ocupar*, en cuanto pronominado, esto es, si debe decirse *ocuparse en* ó *ocuparse de*.

Todos los autores están hoy de acuerdo en que debe usarse exclusivamente la primera de esas preposiciones.

V. me ha de permitir que, sin embargo de ello, cite á V. en esta carta escritores que en la práctica contravienen á este precepto.

Van á continuación algunos ejemplos para muestra:

Ocupado de estos pensamientos, olvida que ha tomado el plectro para decir adiós á su amigo. (Andrés Bello, *El Repertorio Americano*, I, 56.)

Es menester que *se ocupen* de su fama.

(Pacheco, *Discurso académico*.)

Yo no acostumbro á *ocuparme* de estos pobres espíritus.

(José Zorrilla, *Granada*, I, 37.)

Estos jóvenes son los primeros argentinos que *se ocupan* de las indagaciones concernientes á la naturaleza y á nuestro suelo.

(Nicolás Avellaneda, *Escritos*, 257.)

El avaro de Molière continúa en todo el drama *ocupado* principalmente de su caudal.

(Francisco Martínez de la Rosa, *Obras completas*, I, 248.)

Saber ahora lo que va de ministerial á hombre, es cuestión para más despacio, sobre todo cuando creo ser el primer naturalista que *se ocupa* de este ente.

(Mariano José de Larra, *Colección de artículos*, 150.)

Ocupémonos nosotros del ventero, pues es tipo de tal valía que el curso de dos siglos no lo ha variado en lo más mínimo.

(Ángel de Saavedra, *Obras completas*, V, 347.)

Sólo continuaron *ocupándose* de esta incidente las personas dedicadas á escudriñar los pormenores más íntimos de la vida de Cervantes.

(Pascual de Gayangos, *Historia de la literatura española* por Ticknor, IV, 209.)

¿Ignora el profundo sabio de que *me ocupo*, que el nombre *Paul* en francés es equivalente á Pablo en español?

(Juan Martínez Villergas, *Sarmenticidio*, 16.)

Si Madrid hubiera tenido en cada uno de los siglos anteriores un par de Mesonero Romanos... podían descansar tranquilas en las bibliotecas, sin temor de que nadie las molestase, cuantas crónicas y cronicones *se ocuparon* de *Mantua Carpetanorum*.

(El Dr. Thebussem, *¡El Curioso Parlante!*... , 10.)

Todas estas son debilidades humanas más ó menos repugnantes ó desfallecimientos morales más ó menos lastimosos; pero de ellos ni debo *ocuparme* en este sitio, ni hacia tales miserias he de convertir vuestra atención.

(José Echegaray, *Discurso académico*, 14.)

Ya sé que desde el momento en que se prescinde de esa creencia vulgar de que la literatura debe reducirse á ser la expresión superficial y externa y no *ocuparse* para nada del fondo de las ideas, el horizonte de las letras se turba más cuanto más se agranda.

(Ramón de Campoamor, *Poética*, 33.)

Hay personas que *se ocupan* de presentarlo en esta forma.

(Cánovas del Castillo, *Discurso*.)

Hay en este sentido un acuerdo de siglos entre los hombres pensadores que de ello *se han ocupado*, aun cuando entre sí diverjan en pequeños detalles.

(Eduardo de la Barra, *La reforma ortográfica*, 40.)

Chacarero es el que habitualmente *se ocupa* de sembrar y cultivar legumbres.

(Zorobabel Rodríguez, *Diccionario de Chilenuismos*.)

Llama el vulgo andaluz hombre sin oficio ni beneficio al paseante que, sin hacer daño á nadie, no toma oficio, ni estudia, ni *se ocupa* de nada que pueda proporcionarle una decente subsistencia.

(García Blanco, *Filosofía vulgar*.)

Los amigos reprobaban la acción de Alcibíades, diciéndole que todo el mundo la condenaba y *se ocupaba* de ella.

(Bastús, *La filosofía de las naciones*.)

Para *ocuparse* de las libres creaciones del genio preciso es sentir las y experimentar algo semejante á la inspiración que las ha engendrado.

(Narciso Campillo y Correa, *Retórica y poética*, 43.)

En este libro sólo nos *ocuparemos* de la parte primera ó sea la que trata de los sonidos.

(Baldomero Rivodó, *Entretenimientos gramaticales*, V, 11.)

Á dos pueblos, á dos civilizaciones distintas tenemos que acudir siempre que al *ocuparnos* de cualquiera cosa relativa á la humanidad, queremos saber su historia.

(Antonio María Fabié, *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana* por Garcés, XIII.)

Á las obras traducidas que hemos apuntado, hay que añadir... el *Libro de la Caza de las Aves*, de que vamos á *ocuparnos* en seguida.

(José Gutiérrez de la Vega, *Libros de cetrería*, XL.)

Al *ocuparse* de mí lo hizo siempre en términos mucho más corteses y apacibles que los que suele emplear en sus controversias y relaciones con el género humano.

(Manuel del Palacio, *Clarin entre dos platos*, 9.)

Hubiera dicho de Simarro muchas cosas que valían la pena de que fuesen conocidas por el público, y fácil es que al fin y al cabo nadie se hubiese *ocupado* de lo que yo dijera.

(José Verdes Montenegro, *Nuestros hombres de ciencia*, 84.)

Literatos de cuenta nos han sostenido que una traducción poética consiste en *ocuparse* del pensamiento original y versificarlo en otra lengua.

(Rafael M. Merchán, *Estudios críticos*, 575.)

El mismo juicioso biógrafo, después de dar á conocer extensamente al poeta á quien coloca á grande altura, pasa á *ocuparse* del prosista.

(Leonardo Eliz, *Don Eduardo de la Barra*, 28.)

Algunos de los que se han *ocupado* de la reforma de la actual ortografía, proponen que la *c* suene siempre como *q* y que se suprima esta última letra.

(Jimeno Agius, *La reforma de la ortografía castellana*, 62.)

Al *ocuparse* del carácter de sus poemas está de acuerdo en el fondo de algunas de sus apreciaciones con las de Macaulay.

(Martín García Mérou, *Confidencias literarias*, 27.)

Ha constituido sociedades especiales y celebrado numerosos congresos para *ocuparse* exclusivamente de ciencia americanista.

(Ernesto Quesada, *Reseñas y críticas*, 28.)

No hay escritor francés serio que al *ocuparse* del estado intelectual de su país, deje de observar la profunda ignorancia que en general reina en Francia, en todo lo que se refiere al extranjero.

(Miguel Cané, *Charlas literarias*, 75.)

Parecía *ocuparse* poco de la influencia del tiempo.

(Eduardo Acevedo Díaz, *Ismael*, 222.)

Los hombres abandonaban los intereses de la religión á los que por su instituto debían *ocuparse* de ellos.

(Pedro Bazán de Mendoza, *La Heretada*, CX.)

La ley de que *me ocupo*, ¿es emanación del derecho natural?

(José M.^o Riguera Montero, *Vindicación de la gramática castellana*, 54.)

Interrumpo aquí estos ejemplos, que podría multiplicar á lo infinito, por no hacerlos interminables y porque, como decía Dickens, desde algún punto se ha de tirar la línea divisoria.

Creo haber demostrado á V., con autoridades verdaderas, lo que me proponía: la existencia de errores generalizados, unos que siempre han sido considerados como tales, otros puestos en evidencia por el progreso de la época, ya que es algo indiscutible que el estudio filosófico del lenguaje ha hecho más cuidadosos, prolijos y puntuales á los aleccionados escritores de hoy.

Ahora bien, señor y amigo: si los maestros del idioma incurren en gazafatones dignos del huero cacumen del indocto vulgo, ¿qué razones puede alegar ese vulgo para eximirse del error? ¿ó se pensará seriamente por alguien, á esta fecha, que lo que en la materia de que tratamos es grave falta cuando está reducido á unos pocos, se convierte por arte de birlibirlique en verdad irrecusable é inconcusa si hay una mayoría que inconsultamente lo prohija y recomienda? Por mi parte, yo he rechazado antes de ahora, y rechazo actualmente, ese servil y humillante acatamiento al mayor número, indigno de hombres pensadores, que me recuerda la razón que Cadahalso tuvo para decir en sus conocidas *Cartas narruecas*, que aun personas sensatas suelen sujetarse al mal gusto dominante, como se sujeta un esclavo hermoso á un amo malcarado.

El argumento, pues, del uso de dos ó tres repúblicas, guárdelo V. para los que no anteponen al imperio de esas repúblicas el imperio de su propia razón, y la consideración de los millones de habladores que encierran, resérvela para los que no acostumbran aplicar á esas mismas multitudes el criterio que Larra aplicaba á las Academias: cuando ellas tienen razón, son muy merecedoras de respeto. Que en cuanto á mí, jamás olvido el hecho de la falibilidad humana, que nos enseña en las obras de distinguidísimos autores adhesiones propias de la ineptitud y la inexperiencia, y en el lenguaje de los pueblos, importaciones puestas en boga por un *lechuguinismo* cursi, ignorante de que con las palabras sucede lo que con las manzanas pérsicas, de las cuales se cuenta que son inocentes y benignas y hasta saludables en algunas regiones, y malsanas y venenosas y mortíferas en otras.

Nuestra condición de americanos nos impone otro deber: cerrar contra desatinados exclusivismos y velar ardientemente, con más entusiasmo que los europeos, por la conservación y posible pureza del hermoso legado de nuestros padres, para que no se tenga el derecho de decirnos que «la escarapela de nuestros disparates fraseológicos es una condecoración del odio!» Nuestra condición de buenos hijos, otro deber nos impone: acrecentar esa valiosa herencia con la labor paciente y fecunda, para demostrar que no es en tierra ameri-

cana donde germina feraz el desagradecimiento y donde se ignora que la gratitud expresada en formas ideales constituye una de las más bellas exornaciones del espíritu!

De V. amigo y admirador

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

ACUARELAS

EL FRUTO PROHIBIDO

Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto comerás:

Mas del árbol de ciencia de bien y de mal, no comerás de él: porque el día que de él comieres, morirás.

GÉNESIS—Cap. II, 16 y 17.

Nina, muy sencilla dentro de su traje negro, confesaba sus pecados. Una gran calma desmayaba por los desiertos patios del templo, y espesas sombras dormitaban en los huecos sagrados de los altares. Aquí y allá algunos cirios chisporroteaban su luz amarillenta y cadavérica, llorando lágrimas de cera para ofendrer la divinidad. De las altas bóvedas caía un silencio imponente que hacía hablar bajo, con trémulos cuchicheos, á seis ú ocho mujeres que oraban en la nave principal. Á la derecha, en un altar monifísimo, San Roque se dormía sobre su báculo. Del otro lado, otro altar consagraba la pasión de Cristo. Estaba éste en la cruz, los rendidores brazos clavados en ella, el cuerpo cubierto de heridas sangrantes y amoratadas, la hermosa cabeza caída sobre el pecho, apenas velada por el dolor y los ensortijados cabellos. Era la hora de su muerte. En el fondo del cuadro, sobre la ciudad maldita é incrédula, las sombras se apretaban furiosas, llenando todo el cielo, y rasgadas, á la izquierda, por la línea fulgurante del rayo. Al pie del altar todo era sombras y misterio. Las flores de oropel parecían secas y marchitas. Las luces parecían haberse apagado ante el soplo poderoso del viento del desierto. El triste silencio de la muerta Galilea sollozaba sobre el mantel sagrado, de una blancura de sudario. Á la derecha del cuadro, la madre del Dios-hombre lloraba su inmensa tristeza.

Pero de allá arriba, por entre los cristales de la pintada claraboya, un rayo de sol se deslizaba furtivo para venir á besar la frente de Jesús crucificado. Era un rayo color de amaranto, casi de oro, tibio y tembloroso, cargado de poesía y perfumado de mirra é incienso. Purísimo y acariciador, ceñía con sus saetas doradas las sienes del Redentor, tejiéndole una corona de gloria. Y entre aquellas sombras que envolvían por doquiera el sagrado recinto, en aquel majestuoso silencio que reinaba en la iglesia, parecía aquel rayo de oro la apoteosis del sublime mártir, el beso de luz que, desde el fondo de los cielos, depositaba el Eterno sobre la pálida frente de su divino Hijo.

Precisamente al lado de este altar confesaba Nina sus culpas. El rostro lloroso, conmovido el pecho, las manos juntas en mística actitud, arrodillada ante la rejilla del con-

fesonario, ¡cuán bella estaba la desolada pecadora! De sus grandes ojos negros apenas percibíase un perdido rayo enredado entre los arcos sublimes de sus pestañas. En sus labios hechiceros formados para sonrisas y besos de amor, temblaban los sollozos de su garganta. Las purísimas mejillas de aquella Magdalena se teñían de rubor encendido al confesar sus faltas. Y su corazón querido, ese corazoncito que ambicionaban tántos mortales, latía ahora apresurado bajo su bata de seda negra.

Había ya concluído su confesión, y el padre la aconsejaba cariñosamente. Ella, muy inocente y tranquila, formulaba cuestiones. Y como algo pareciera persistir en su conciencia, á pesar de los argumentos de su confesor, éste pareció ponerse grave y enojarse.

— Óyeme, hija mía. Te hablo en nombre de la salvación de tu alma. Teme al castigo de Dios si no escuchas mis palabras. Eres una niña y yo un ministro del Señor. Sigue, pues, mis consejos: no ames á los hombres, olvídalos, desprécialos.

El padre Jerónimo debía estar muy resfriado, porque, por momentos, una tos ronca y brusca brotaba del fondo de su pecho y llenaba de pavor las naves silenciosas del templo. Además salivaba mucho y con gran ruido.

— ¿Sabes tú lo que es un hombre, pobre niña? — proseguía el santo varón. — Un hombre es el sér más malo de la creación. Compáralo contigo y dime después si tú puedes amarlo. Escucha: tú tienes un alma dulce, pura, llena de celestes ensueños y purísimas ambiciones; el hombre la tiene de barro, corrompida, llena de serpientes y repleta de maldades. Tú tienes un corazón sensible, que late con pureza y quiere con amor puro y verdadero; el hombre le tiene amasado de sombras y picardías y no late sino por sensualismo y no quiere sino por orgullo y amor propio. Tus pensamientos son castos, tus sueños angelicales, tus deseos nobles y elevados; los pensamientos del hombre son materiales y rastreros, sus sueños son ejecutar los siete pecados capitales; sus deseos los más inmundos y tenebrosos que puedan imaginarse. — Dime, ahora, desdichada joven, ¿puedes unir al de un hombre tu pensamiento, tu corazón y tu alma? ¿No te horroriza ese abominable consorcio? ¿No caen tus encantados ensueños ante este verdadero y sapientísimo paralelo?

Los ojos de la bella pecadora, vueltos un instante hacia su padre espiritual, tenían tal mudo reproche que los labios no tuvieron tiempo de formular una observación tímida. El sacerdote hablaba otra vez.

— Pero aun hay más, hija mía. Tu inocencia, tu candor son armas de que se vale Satanás para tentarte. Yo te conjuro á que me oigas, porque yo soy la palabra de Dios.

Y después de toser nuevamente con esa su tos ronca y brusca, no sin salivar dos ó tres veces con gran ruido de su nariz y garganta, prosiguió el buen padre:

— Aun te haré notar un mayor abismo que existe entre tú y el hombre. Tú eres una flor delicada y hermosísima, suave y perfumada, débil y amorosa; el hombre es

una dura espina, mala y fea, ordinaria y pesetiente, brava y rencorosa. Tú tienes cabellos de seda, él de puerco espín; tú, labios rojos y virginales, él, pálidos y gastados por el placer; tú, ojos inocentes y que sólo ven la poesía; él, terrenales y que sólo buscan la carne; tus oídos sólo oyen los coros divinos; los de él, el ruido del oro y el de la orgía. Tu cuerpo es frágil y delicado como un cristal, el del hombre duro y tosco como barro macizo; tus miembros son esculturales, los de él feos y diformes. Su piel es satinada, la de él rugosa; tu cara es suave y finísima, la suya es dura y cubierta de horroroso vello. Dime ahora, joven ciega é incauta, ¿puedes unir al de un hombre tu hermoso rostro, tu cuerpo escultural, tu piel delicada? ¿No te espanta esa unión tan horrible y detestable? ¿No caen tus señores de virgen ante este espeluznante y justo paralelo?

Los ojos de Nina sonreían picarescos, cual si dijeran á su padre espiritual que estaba engañándolos. Y sus labios no tuvieron tiempo de formular, no ya una observación, sino una réplica. El sacerdote hablaba otra vez.

— ¡Oh! La negra serpiente del paraíso te murmura al oído, pobre hija mía, mientras yo te hablo. No la creas; ella es el demonio; yo, tan sólo yo, tengo en mis labios la verdad.

Y esta vez el golpe de tos que le acometió fué más grande y tenebroso. Salivó casi con furia, pisando el esputo, cual si salivara y pisoteara al mismo Lucifer. El silencio se encontró todo estremecido de miedo. Los ecos dormidos del templo despertaron azorados, repitiendo con pavor aquella tos, como preguntando qué sucedía. Después se hizo otra vez la calma, y el sacerdote continuó en voz muy baja, pero ronca — tal vez por el acceso sufrido:

— Hay más, hay más horrores todavía. Yo quería callarlos, hija mía; pero es necesario descorrer el velo de tu inocencia y hacer descender al fondo de tu alma la luz divina de la verdad. Escúchame, pues. Tú has sentido ó sientes ó sentirás amor, ese amor puro y celestial que enciende en alegría el corazón y en dulcísimos ensueños la mente. La imagen adorada flotará en tus recuerdos, te seguirá en el rodar continuo de los días, inundará de luz, plácida y tranquila, la soledad de tus noches. Tu corazón sentirá extrañas sensaciones, inusitadas quejas, repentinamente alegrías; tendrás horas sonrientes, horas de opresión y tristeza. Sonreirás feliz al lado de tu amante y llorarás ausencias de amor. Tu vida será poca para consagrarla al culto de tu amado, y tus pensamientos no tendrán otro norte que él, ni tus labios otro nombre que el suyo, ni tu corazón más latidos que los que él despierte en tí. Soñarás entonces con vivir á su lado, amante y querida, los dos solos, muy juntos, embalsándote con sus palabras de amor, realizando tus más dichosos sueños de virgen. — Ahora, escucha lo que siente y piensa, él, el hombre. Nada de amor, nada de sueño, nada de poesía. El torpe materialismo es su ideal, el sensualismo su medio y su fin. Pensará en que tú tienes un rostro bonito que llenar de besos, un seno robusto para amamantar tus hijos, un cuerpo virgen que

satisfaga la sed de sus sentidos y le dé á su sensorio gastado el placer que ya no encuentra en noches borrascosas de desenfrenadas orgías. Pensará en ti, cuando está á tu lado, si es que al tomar entre las tuyas tus manos blancas, no está pensando en la mujer que, á la pálida luz de una lámpara, amó la noche antes. Lejos de tu lado, cortejará la primer mujer que encuentre, ó hablará de caballos, ó de caza, ó de gimnasia con los amigos, ó jugará grandes sumas de dinero en el Club. Tu imagen no flotará en sus sueños sino como imagen de impureza capaz de saciar sus brutales apetitos. Su corazón no se tomará el trabajo de apresurar sus latidos al estar cerca de tu lado, ni sentirá horas de opresión y tristeza por no verte. Y su vida será toda ella del mundo y sus placeres, menos de ti; sus pensamientos, cuando á ti los vuelva, serán para pedirte goce brutal ó para descubrir la primera arruga en tu frente y la primera cana en tus cabellos; su corazón latirá tan sólo para forjar mentiras y falsías y desengaños. Soñará entonces en abandonarte, después de haberte perdido, disgustado de tus encantos después de haberse saciado de ellos, odiando hasta el eco de tu voz, no habiendo logrado realizar ningún hermoso sueño porque su corazón es de lodo infecto y su cerebro de excreciones pútridas y malsanas. -- Compara, hija mía: por una parte, un amor puro é ideal; por la otra, el vicio, la carne, el placer inmundo y bochornoso. . . .

El padre Jerónimo calló. -- Nina, desde hacía breves instantes muy pensativa, tenía inclinado el rostro sobre el pecho. ¿Serían así, en realidad, los hombres? ¿Buscarían solamente el placer? Y este mismo placer, ¿qué era? ¿por qué le buscaban los hombres? ¿por qué merecería tal odio del sacerdote? El placer, un dón natural de la naturaleza, fruto de nuestra misma constitución, ¿merecía este rudo ataque que le hacía el confesor?

Nina salió lentamente del templo y subió á su cupé. El lacayo, muy derecho dentro de su librea, y el alto sombrero en la mano, esperaba junto á la portezuela.

Nina tuvo entonces una imperceptible sonrisa y ordenó brevemente:

— Á casa de Roberto.

Quería convencerse prácticamente de lo que era un hombre; si era cierto lo que le había dicho el padre Jerónimo.

Pocos días después, refiriéndole el caso á su buena amiguita Lisa, le preguntó ésta:

— ¿Y crees tú que el hombre sea cosa tan mala como te la describió tu confesor?

— Mucho peor aún, querida mía — contestó Nina. — Calcula que no sólo es así, como él me dijo, sino que. . .

— Conciúyete — murmuró Lisa nerviosamente.

— ...sino que, precisamente por eso, es que queremos al hombre nosotras, las mujeres.

VICTOR PÉREZ PETIT.



PARA LA NOVIA

ARRULLOS

Mucho celeste en el cielo,
En cada jardín un coro,
En el sol pompas de oro
Y un lujo verde en el suelo,
Brillos en el arroyuelo,
En tus ojos resplandores,
En tu cintura primores,
Rosas de nieve en tus rizos,
Tu cuerpo, un montón de hechizos,
Y el mundo, un montón de flores!

Ese fue el cuadro de ayer.
Me dejó tan embriagado
De áureo, celeste y rosado:
Sol, firmamento y mujer;
El cuadro que me hizo ver
En confusión brilladora,
Como visión seductora
Vista de un sueño al trasluz,
El aire, un marco de luz,
Tu cuerpo, un botón de aurora!

Como una aureola en tus sienes
Vió mi fantasía loca,
Y daba un canto á tu boca
La alondra que oculta tienes;
Aquella con que detienes
Mi paso, al llegar el día,
Si me dice en su armonía
Con ternuras de Julieta:
No te vayas, mi poeta,
No te vayas todavía!

Dirige el vuelo hacia tí
El ensueño en mí nacido,
Como vuela hacia su nido
El brillante colibrí.
Y tu alma de casta hurí
Tiene fuegos de crisol,
Y por tu garbo español,
Por tu elegancia hechicera,
Te hace toda primavera
Una corona de sol!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

ESTROFAS

Camino de las cúspides azules —
Ave de luz de la extensión callada, —
Por los llanos del éter lenta vuela
La estrella de las tardes, solitaria.

Como ella hermosa, sideral, desnuda —
Mezcla sutil de lirios y de nácar, —
Entre el nimbo ideal de mis visiones,
Por sobre el cielo de mis noches pasas.

Cruzas; y el ritmo de tu paso leve
Finge, al perderse en la extensión lejana,
El coro con que cantan las sirenas
Himnos de amor en la desierta playa.

Y al descender tu blonda cabellera
Sobre las curvas de tu carne pálida,
Cual catarata de ébano luciente
Presa en el hueco de mármorea taza,

Agitando su túnica de espumas,
En su carroza de brillantes galas,
Ver me parece que á mi encuentro vuela
Venus, rasgando las marinas aguas.

Lirio de luz en que vertió la aurora
El licor de sus perlas nacaradas,
Al despojarse de sus rojos velos
Bajo su tienda de impalpables gasas;

Rosa ideal de pétalos de seda
En el tisú de la ilusión bordada,
Vuelen á ti las notas de mi lira,
Como en pos de tu amor vuela mi alma.

Y un beso de tus labios desprendido —
Mensajero de amor y de esperanza, —
Para endulzar las horas de mi vida
Me traiga el viento entre sus leves alas!

GERMÁN GARCÍA HAMILTON.

Buenos Aires.

LODO

El sarao estaba en su apogeo.
El patio, transformado en vergel de cuentos de hadas, incitaba con su fresca á permanecer en él, huyendo del aire viciado de la sala.

Había sonado la una.

Las puertas del comedor fueron abiertas y las parejas de máscaras, con chillonas vestimentas, entraban dentro en el mayor de los desórdenes. Sonoras carcajadas, bromas á gritos, voces de criados, ruidos de copas y botellas, todo se unía en sorda y continua algazara, trayendo á la memoria las antiguas y escandalosas dionisiacas.

Retirados del bullicio, varios jóvenes departían amistosamente y en voz baja.

Uno de ellos, un mocetón que obedecía al nombre de Carlos, de ojazos negros y abundante y sedoso bigote, miraba absorbido el ir y venir de ridículas parejas. Entre varias, sorprendióle una por los distintos comentarios que á su propósito se hicieron.

Era ella, á juzgar por las apariencias, una mujer joven, vestida con el legendario traje blanco de la enamorada de Fausto. El hombre que frisaría en los cincuenta, revelaba, en su conversación y en sus maneras, al burgués con pujos de aristocracia.

— Julio, ¿qué te parece la chica?

— Cosa fina! . . . Lástima grande que el padre sea tan pillo.

Carlos terció, entonces, para requerir datos al respecto

— Querido — respondióle un jovencito lampiño, — la historia se ha vuelto fiambre por lo llevada y traída.

Con un dato te pondré al corriente: su honrado papá la vende. . .

Y, con sonrisa maliciosa, concluyó:

— Hazle la corte. . . es cuestión de pesos y de poca vergüenza!

Hicieron coro los compañeros del imberbe yovencuelo y dió comienzo el fuego granado. No queió histori escandalosa, ni cuento absurdo, que no se le achacara á la joven rubia ó á su mofletudo papá.

En aquel desborde de chismes orilleros, Carlos permanecía aturdido, no queriendo dar crédito á las palabras de sus compañeros, ni aun á aquellas que, por sus pelos y señales, tenían visos de verosimilitud.

Como la pareja se aproximara, cesaron de zumbar los tábanos. Pudo Carlos, entonces, contemplar á sus anchas á la gallarda Margarita.

Dorados bucles, tez de luciente frescor, ojos verdes, juguetones, que parecían querer librarse del antifaz en busca de inocente víctima, el busto soberbio y la cadera amplia, carnosa, formaban una mujercita capaz de sacar de quicio al varón mas justo y santo.

Instada para descubrirse, hizolo con ademán rápido y gracioso.

— Me ahogaba — balbuceó; — y el timbre dulce y argentino de aquella voz que escapaba por la más perfecta de las bocas, concluyó por sacar de sus casillas al héroe de mi cuento.

Á poco, padre é hijo se perdieron en la turbamulta de parejas.

« Aire, aire » — parecía decir Carlos, escapando, traspié aquí, empellón allá, de aquel nido de mundanas bajezas.

Salía el sol

Rosadas tintas matizaban el blanco opaco de las elevadas torres de la Metropolitana. El mármol del *Club* pasaba, de la blancura del alabastro, al tinte claro del ónix rosa. Y allá arriba, en el mástil del Cabildo, la querida bandera semejava un girón de cielo saludando al nuevo día.

Cuando semanas después, en ocasión de una fiesta de Caridad, vió nuevamente Carlos á la joven rubia, admiróse de que tan gentil personita no hubiese dejado rastro alguno en su cerebro.

¿ Por qué la habré olvidado tan pronto, siendo tau linda? se decía, sin hallar lógica y sa isfactoria contestación á su pregunta.

Empleado en una Legación, de la cual era asiduo visitante el diputado Rosas, no le tomó de sorpresa que el político fuera hacia él y, con las palabras de vulgar uso en esos casos, le presentara á su señorita hija y á una señora gordiflona, á quien, por su anticuada vestimenta y su apellido inglés, tomó Carlos como aya ó algo así por el estilo.

Cambiadas algunas frases de formal cortesía, la señorita, á instancias de una vejezona charlatana, vióse obligada á vender cedulillas en un pabelloncito adornado con flores y cintas rojas.

Concluyendo su inaguantable perorata, decía, hecha un puro remilgo:

— Venga, hijita: V. será el *bibelot*, el *bijou* de nuestra monadita *fin de siècle*. — Y cogiéndola del brazo, se echó á andar como un torbellino, repartiendo saludos á diestro y siniestro y despoticando nuevos disparates franceses.

— Qué, doña Pepita, siempre tan ocurren-te! — decía Rosas, ofreciendo á Carlos un habano en su petaca de oro.

Caminando, caminando, llegaron al café del *Bazar*, donde raleaba la concurrencia.

— Sí, mi amigo — proseguía Rosas, — oiga mis consejos: trabaje siempre con miras al porvenir.

V. es joven, inteligente. . .

— Señor. . . le interrumpía Carlos.

— No, amigo, tengo las mejores referencias á propósito de V.

Oígame como si yo fuera su padre: hágame elegir diputado!

— Pero. . .

— No hay pero que valga. Desde ya me comprometo á trabajar por V. — Y, con entonación profética, añadió: — El futuro diputado Carlos Díaz será el mejor de nuestros *leaders* políticos.

Pareciale á Carlos que su cerebro ardía. El Bien y el Mal empeñaban en su interior lucha terrible. Armas distintas, debían dejar distintas heridas. Duelo entre colosos, debía morir uno de los combatientes.

Y hablaba el Bien:

« ¿ Recuerdas la casa donde naciste, allá, aislada, en medio de las cuchillas festoneadas de margaritas? ¿ Qué santa paz se respiraba allí! Recuerda que cerca de ella sólo crecían flores. . . La yerba mala estaba lejos, muy lejos.

Sé tú como ella: aisláte, oscurécete más bien. . . pero que la yerba mala no arraigue cerca de ti!

Callaba el Buen Genio, y su rival decía:

« No sueñes. . . goza, goza!

No sueñes, mira que mi enemigo es muy astuto; ¿ Cómo te habrá pintado la felicidad!

Un camino alfombrado con rosas, la brisa tibia y perfumada, el murmullo de un arroyuelo, y arriba todo celeste, todo puro. . . ¿ no? Desdichado, ¿ no sabes que aun las mismas flores esconden sus espinas? . . .

¿ Oh, duelo entre colosos, debía morir uno de los combatientes!

Entretanto, la concurrencia aumentaba.

Los acordes de una melodía de Verdi llegaban á su oído, como una caricia de la noche. Á su lado seguía Rosas pintándole faturos triunfos y futuras glorias. Y allá, en el extremo del jardín — en el pabelloncito con flores y cintas rojas, — Matilde, la Margarita del baile, parecía decirle:

« Tonto. . . obedece á papá. Tendrás todo. . . hasta me tendrás á mí! »

— El señor ministro. . .

— Ocupado.

— Pásele mi tarjeta.

Tomaba malhumorado la tarjeta el portero; entraba al despacho ministerial; á poco volvía, y con aire de vencedor decía entre dientes:

— Vuelva mañana.

Y así todos los días.

Á no haber sido por los constantes consejos de Rosas, al diablo hubiera mandado Carlos ministros, diputados. . .

Pero ahí estaba él, siempre con respuesta oportuna

— Tres días de visitas inútiles — decía el pretendiente, con mal reprimida cólera.

— Pero, muchacho — contestaba Rosas, dando golpecitos en el hombro de su ahijado político; ponte en el caso de Costa: que el general Fulano por aquí, que el enviado del Japón por allá. . .

Un día, apremiado, concluyó:

— Bueno. . . bueno: á las tres, en el ministerio.

Puntual á la cita, llegó Carlos con algunos minutos de ventaja. El portero, con aire de mandón á fuerza de rutina, le repitió la consabida frase: Vuelva mañana.

Pero ver el rostro coloradote del diputado Rosas y convertirse el tigre en cordero, fué todo uno. Y, sin pedir permiso, cogiendo del brazo á su protegido, entró Rosas en el misterioso despacho.

¡ Santo Dios! ¡ qué cuadro!

El ministro, el señor de las ocupaciones repantigado en su sillón rojo, entonaba á media voz la serenata de *Boccaccio*, llevando con un rollo de papeles el compás. Dos militares, á horcajadas en sus respectivos sillones, y tres personas más, imitando las ridículas posturas de los cómicos, hacían coro al travieso magistrado.

— Siga la música — voceó Rosas, — *civiva la guerra!*

Con todo, cesó el canto, y Carlos fué presentado á cada uno de los asistentes.

— Oh! — concluía el ministro — el señor es de los nuestros. — Y después de corto silencio: — Pero, amigo, sería bueno que viera V. al presidente: así las cosas marcharían viento en popa.

Y el Genio del Mal, que á la espera de esta ocasión estaba, le murmuraba á Carlos: « Ya vez si estoy en lo cierto. . . hay que perder la vergüenza. »

Carlos le escuchaba ya como se escucha á un buen amigo.

« ¡ Vergüenza! . . . sólo la *oposición* podía pensar en ella. »

Rasgó Carlos el sobre, y leyó su contenido en alta voz:

— « Emilio Rosas, diputado, convida al colega á tomar una taza de te, esta noche á las nueve. »

Luego, señalando á sus amigos las iniciales que lucía la tarjeta, les preguntó con afectada seriedad:

— ¿ Para quién serán las pesetitas del señor? . . .

Contestáronle con risotadas sus compañeros; y uno de ellos, el jovenculo del sarao, con aire de fiera arrogancia, le gritó:

— Mal caballero! no manciille V. á esa chica. — Y mudando de tono: — Á propósito de clicas. Señores: participo á Vds. mi futuro enlace con la señorita de Rodríguez.

— Ja, ja, ja. . .

— Nada de risa: me nombran *attaché* en la Legación. . .

— Pero, ¿ hablas en serio?

— Sí: me lo ha prometido la señora del ministro. . .

La pequeña orquesta, instalada en un verdadero bosque de exóticas plantas cuajadas de bombitas eléctricas, hacía oír los últimos acordes de un pasaje del *Lohengrin*.

En un extremo de la sala, Matilde, á quien escoltaban varios jóvenes, escuchaba con regocijo la sempiterna parlanchina.

— Pues bien — decía esta última, dirigiéndose á Carlos, que acababa de entrar: el flamante diputado será juez en nuestro *peñit comité*.

— Señora — balbuceaba Carlos, turbado.

— Nada, caballero; acá impera el sexo bello. *Attention* y obedezca.

¿ Cree V. en los amores repentinos? ... La señorita (*indicando á Matilde*) no cree en ellos.

De acuerdo con ella — contestaba Carlos; — no creo en amores de prestidigitación.

— *Parbleu!* pues yo — le interrumpía doña Pepita, abanicándose sin descanso, — no sólo creo en ellos, sino que los predico.

Cuando en mil ...

En este punto del coloquio estaban, cuando el dueño de casa, acompañando á una niña de palidez anémica, les invitó á pasar á la salita contigua, donde varios jóvenes representarían una comedia ... en francés.

Concluida de maltrato la lengua de Molière, Carlos, á quien el roce con personas de toda laya había convertido, si no en hombre refinado y de trato ameno, en hombre decidor, sostenía nueva disputa con la afrancesada, á propósito del matrimonio.

Mon Dieu! caer en manos de un calavera ...

Ay! primero á vestir vírgenes.

— Señora — terciaba Rosas, echándose las de sutil, — si á lo menos fueran santos ...

— Picaron! — respondíale doña Pepita, dándole golpecitos con el abanico.

— Pero, hablando seriamente, Carlos — continuaba Rosas, — ¿ por qué no te casas? Matilde y Carlos se miraron.

Sintiéndose enrojecer, respondió:

— Eso no depende de mí ... y como alentándose con los rubores de Matilde: Depende de la que quiero.

Ahora eran las armonías de un trozo de Chopin las que llevaban caricias á su oído. Vefalo todo de color de rosa, todo alegre ... Una bombita eléctrica que estallaba, parecía ser una salva de victoria, un presagio de dicha.

Luego, al retirarse, en el vestíbulo, cubierta ella con un abrigo de pieles blancas, le dió la mano.

— Matilde ... ¿ recuerda aquello de los amores repentinos?

... V. no creía en ellos.

— Pues ahora creo ... porque la quiero á V. desde que la conocí! — Y abandonó la casa, soñando con las mil fantasías de los cuentos azules.

Llovía.

Grucas gotas azotaban los cristales del palacete, y los mecheros del gas, reflejándose en las aguas de la calle, parecían transformarlas en un río de oro.

« Amores repentinos, decía Carlos para sí. Ja, ja, ja ... amores de oro! »

* *

« Carlos Díaz y señora ofrecen á V. su nuevo domicilio. » — De esta manera anunciaban su regreso á la ciudad los recién casados, después de algunas semanas de recreo en una casa-quinta en las afueras.

Empezó para ellos, desde entonces, una vida nueva; un mundo de fiestas y despilfarro. Á los saraos sucedían las comidas y á los conciertos las caminatas.

Reclinada en el silloncito rojo de su palco en *Salis*, vestida de blanco, con profusión

de joyas en la cabeza, garganta y brazos, él, con su bien cortado frac y sus guantes de color de lila, y el ministro Costa, sempiterno acompañante de los dos, — patentizaban lo que hay de superfluo y de vano en el mundo; realizaban el lujo escandaloso ... lo que brilla, pero mancha.

Y ¡ cuántos dolores de cabeza costaban á Carlos aquellos excesos! Mucho más desde que se había dado por entero al vicio, arrojando á manos llenas el dinero en las mesas del aristocrático *Club*, ó en las mugrientas de clandestina ruleta.

Para colmo de sus males, ¡ qué mujer le había resultado la tal Matildita! ...

— Carlos — decía. — aquí tienes la cuenta de la modista.

Cogía Carlos el papel y, ¡ santo Dios! qué suma!

— Diecientos pesos! — exclamaba, con aire de sorprendido burgués.

Comprendíale sin sutil esfuerzo Matilde, y le replicaba, con sonrisa burlona:

— Me parece que con la renta que tenemos ...

— Bueno, bueno — la interrumpía Carlos, — se pagará! — Y partía, bramando de ira. No pocas veces entraba en juego doña Pepita, con su retahíla de cajón.

— Qué Carlitos, tú no entiendes de modas. Piensa un poco en el vuelo de las polleras de *campaña*, en las mangas ... Y luego, *madame Carrau* no va á trabajar por amor al arte.

Mon Dieu! recuerdo qué *trousseau* tanchic ...

— Basta, señora — gritaba Díaz, ya fuera de sí.

Pero venía Rosas, y la acababa de descomponer.

— Es preciso divertirse, muchachos; no pueden Vds figurarse cómo me alegran esas cosas.

— Sí, todo está muy bien — contestaba su yerno, con cara de hipócrita; — pero V. ve que los cuatrocientos cincuenta de mis dietas, no dan para tantas misas.

— Esas son pequeñeces, hijo — replicaba Rosas: — pásate por mi escritorio esta noche.

Pasaba Carlos por el escritorio; á poco salta, y de ahí ... á las mesas de juego ó á los camarines de *Salis*.

* *

Un día, hojeando Carlos un periódico, en la sección destinada á noticias sociales, sorprendióle una que, á pesar del disimulo de su autor, demostraba malevolencia y perversidad en su intento.

« Anoche, decía el anónimo censor, al bailarse en la Legación de Inglaterra la cuadrilla de honor, fuimos gratamente sorprendidos con la belleza de la joven compañera del ministro Costa.

Más tarde se nos dijo que era ella la señora Matilde R. de Díaz.

Felicitamos al señor ministro, por su buen gusto en la elección. »

La primera piedra la arrojaba un desconocido; pero no por eso el golpe sería menos certero y la herida menos ponzoñosa.

* *

Pasaba Carlos, en aquellos días, por una crisis de insana actividad. Ni en junta política ni en corrillo callejero, dejaba de echar su cuarto á espadas. Más: se envalentonó de tal manera, que fundó su voto en un debate acalorado que, á propósito de un portero, se produjo en la Asamblea.

El más pequeño detalle en cualquier incidente, parecía enorme y de grande trascendencia. En cada rostro desconocido creía descubrir una sonrisa de burla, de desprecio; un gesto que fuera el complemento de la noticia del sarao diplomático. En sus mismos colegas, cuando en antesalas discutían cualquier insulsa futilidad, creía distinguir cierto aire de mofa ó de encubierto desdén. Y para colmo de zozobras, el ministro Costa, con sus ojuelos bailones, de sempiterna charla con su esposa, sin que le pudiera, á ese respecto, cobrar coraje hasta romper por lo fino y mandar á paseo al magistrado.

Y ¡ cómo le recordaba el bellaco, el origen vergonzoso de su empleo! — « ¿ Recuerda, Díaz, cuando estábamos en nuestros trabajos? » — « ¿ Recuerda, Díaz, cuando V. fué á ver á la señora del general? »

El Genio del Bien había muerto hacía tiempo; pero el « Qué dirán, » un travieso diablillo que se disfraza con el manto de Vergüenza y de Dignidad, llamaba ríamente á sus puertas, gritándole mil embustes de su varia cosecha.

— « Ser la burla de la sociedad ... ¡ nunca! Primero haría un disparate.

¡ Dios mío! ¡ qué no inventaría la *oposición!* »

Herido en su epidermis de político, acosado por el artero « Qué dirán, » sin instante de sosiego, resolvió hablar del asunto á su esposa.

* *

Estaba lindísima; vestida de seda azul, con encajes valencianos y plumas azul-celestes.

— Ya que lo quieres, me sentaré; — y arrellanándose en su butaca favorita, golpeando con el regatón de la sombrilla el suelo, esperó sonriente la pregunta de su esposo.

— Matilde, ¿ qué harías con una persona que, con el disfraz de hipócrita, entrara á esta casa á robar como un malvado? ...

— Hijo ... lo que tú en ese caso: denunciarlo á la policía.

— ¿ Tú harías eso? — replicó Carlos, mirando fijamente á su mujer, — ¿ tú harías eso, sabiendo que el ladrón es Costa? ...

— Hijo ... ¡ y yo que creía que hablabas en serio! — contestó, soltando sonora carcajada.

Carlos quedó como quien ve visiones. Había preparado con todo esmero su trama, y ella se derrumbaba como un castillo de naipes.

— Pero ... ¿ sabes que es demasiado pesada la broma? — y levantándose, sacudía con el diminuto parasol la pollera.

— Pues, hablando en serio — voceó roncamente Carlos, pálido de ira: no quiero, no permito que hables con Costa!

Matilde frunció el ceño; y con sonrisa mordaz, inclinándose cómicamente delante de Carlos, que la miraba suspeso:

— Caballero, será V. obedecido — le di-

jo; — pero no olvide que yo también tengo mis derechos... no olvide... que papá nos mantiene! — Y ganó la puerta, sin volver la vista atrás.

Fiero había sido el bofetón; fiero, como golpe de la verdad.

Bola de nieve que crece y crece, es la calumnia; avalancha que arrolla, que hunde, es la verdad; alud que mancha, que entoda, es la verdad escandalosa.

Y aumentaron las fiestas y aumentó el despilfarro.

Insaciable sed de oro les dominaba: uno y otro parecían querer ahogar, en la ostentación indecorosa del lujo, lo rastroso de sus vidas y la desvergüenza de su dinero.

Acercábase la conclusión de su período legislativo.

Calificado por la prensa diaria como desleal al gobierno y á su partido, insanos ardores le poseían y tornábase huracán para con los enemigos de su colectividad política. En su mismo campo, muchos de los que hacían alarde de compañerismo y amistad, le abandonaban, si no le despreciaban. Hasta el bueno de su suegro, palaciego impenitente, le había dejado sin ayuda en la estacada, entregado, también, á vergonzosas manipulaciones.

Contestándole un jefe político una melosa carta-petitorio, le adiestraba en estos nuevos y decentes cabildeos:

«El asunto se va poniendo turbio. Figúrese V. que, para tres titulares, son quince ó veinte pretendientes. Pero, con todo, oiga un consejo de amigo: vea á la señora del ministro Costa, ó á la del secretario Zutano, que quizás ellas consigan lo que tantos dolores de cabeza me va dando. En caso negativo, no le quedará más camino que hablar con la señora de Burgos, la *bucna amiga* del presidente.»

Y vuelta á las andadas. Que la señora del ministro padecía de jaqueca; que la *amiga* del presidente, ocupada con el peluquero... ¡era para desesperarse! Hasta doña Pepita tomaba ingerencias en el negocio.

Luego, á los *lunes* del presidente ó á los *viernes* del ministro.

«Oh! Costa lo conseguirá con una sola palabra... pero no; ¡á él, jamás!»

Aquella noche cavilaba más que nunca.

Maquinalmente empujó la puerta: la luz rojiza de la lámpara de *centro* irradiaba viva claridad.

Dió un paso, encontrándose de golpe con los dos. Instintivamente, Matilde y Costa se habían puesto de pie

Ella, pálida, aunque altiva y gallarda, estirando nerviosamente la cadenita del reloj, parecía querer impedir con la mirada la escena que preveía. Él, aumentando el bailete de sus ojos, conservaba su actitud de magistrado mandón.

«Bandidos!» pensó Carlos; y buscando

en sus bolsillos una arma que no existía, balbuceó tremenda palabrota.

Aquel segundo de silencio, le pareció durar un siglo.

Siguió avanzando; y había tanta fiera, tanta rabia, en aquel rostro demacrado, que Matilde y Costa se sintieron desfallecer.

— Carlos, ¡por Dios!
— Díaz...
«Ah... el muy cochino... con que le hablaba todavía.»

— Díaz... escuche... V. se equivoca.
— Y súbitamente, por instinto de salvación:
— Le traía su nombramiento!... la emoción, el contento le impide hablar á su señora.

— ¿Qué?... hable... ¿qué dice?— preguntaba Carlos, tartamudeando.
¡Cómo respiró Costa!

— La reelección, amigo, la reelección — decíale, poniéndole, tranquilo ya, la mano en el hombro.

«Ah... con que no era *aquello*,» pensaba acercándose á Matilde.

Ella le miró con aire de reina ofendida; y alejándose, como quien se aleja de un sér repugnante, como quien huye de un animal contaminoso, le cruzó el rostro con un ¡lumbécil! claro y sonoro.

Y fué reelecto.

Pero pasado el regocijo de los primeros momentos; calmada en algo aquella sed insaciable de falsos triunfos, de falsas glorias, el demonio de los celos empezó á roer, á roer sin cesar. Celos sensuales, la idea solamente de que otro hubiera gozado del amor de su mujer, le tornaba insufrible, iracundo, hasta el punto de ponerle fuera de sí el hecho ó el indicio de menor importancia. Cada ausencia de su esposa, era un registrar frenético de baúles, cajas, en busca del objeto que pudiera dar pabulo á sus insanos ardores y justificación al divorcio proyectado.

¡Cuánta pesadumbre le costaba ya aquella sed, aquella insaciable sed de oro!

Todo parecía derrumbarse en torno de él: los rumores políticos con amenazas de convertirse en hechos positivos — daban como inminente la disolución de la Asamblea.

«Entonces... ¡valía más no acordarse de ello!»

¡Oh, la prueba, la ansiada prueba, cómo la encontró!

Leía, leía, cien y mil veces, el billete acusador. «Matilde mía, vida mía...» Y la imagen de dos cuerpos estrechados en amoroso abrazo, le hacía desatar en las más terribles blasfemias y maldiciones. «El bonachón de tu marido...» Ah, el muy truhán ¡ya vería él si era bonachón!

Llegó.

Vestida de color de rosa, capota con gasas y plumas blancas, con sus mejillas rosaditas y el subir y bajar de su opulento

seno, semejava una hermosa heroína de Watteau.

La palidez, la descompostura del rostro de su esposo, la hicieron estremecer; y con aise sumiso, llevada por verdadera intuición, trató de averiguar el por qué de aquel extraño recibimiento. Entonces, él desató la lengua, y con acento terrible, enseñando la carta delatora, le gritó:

— Confiesa, arrastra... confiesa que has dormido con él, con ese inmundó!

— Carlos, por Dios!

— Confiesa, confiesa; — y como él levantara la mano para ultrajarla, ella no hizo mención á esquivar el golpe, y con voz fuerte, avasalladora, con un gesto que encerraba todo el desprecio y la repugnancia que por él sentía, le dijo al tiempo de recibir el afrentoso bofetón:

— ¡Animal!... ¿te pido cuentas yo, por que seas un canalla?...

Y de la calle subía, como una bocanada de vergüenza, el vocear de los pilluelos pregonando la caída de las Camaras.

¿Rodarían más abajo?... ¿se enlodarían más aún?...

JOSÉ L. GOMENSORO.

LA TEORÍA DE MONROE

APLICADA Á LA LITERATURA

«América para los americanos.»

I

Estoy por decir que en América no hay ni hubo nunca raza española. Es verdad que fueron peninsulares los que se dieron al mar y á la ventura, el ensueño heroico en la mente, en la diestra el acero conquistador, ante los ojos el espejismo de un mundo edénico.

Fatigués de porter leurs misères hantaines, y esperanzados de domeñar razas antipodas y someterlas al dominio de la Patria; pero no es menos cierto que la sucesión americana de estos valientes iberos dejó de ser española; es decir, se apartó del antiguo sér español: en unos, los menos, por venir ya cruzada con la gente aborigen; en otros, porque, nacida en esta tierra, tan diferente de la hispana, tuvo que hacerse al medio, y el medio obra sobre las razas alterando, — lo dice Taine, — la economía de la inteligencia.

Después, la avalancha inmigratoria de europeos, al mezclarse entre sí y con los naturales, ha dado por resultante un tipo — el genuino americano — en el que entran, bien que por partes desiguales, del francés el esprit, del británico la severidad, del alemán el espíritu científico, del italiano el espíritu artístico, y el valor, nunca bien ponderado, de la noble raza española. Sería algo quijotesco el afirmar que existe en América este hombre perfecto: las brillan-

tes condiciones del sér americano están atemperadas, ó digase obscurcidas, por los defectos inherentes á las razas cuyas virtudes ha sabido asimilarse. Así, pues, tiene igualmente de la ligereza gala, del egoísmo inglés, del alcoholismo alemán, de la garrulería italiana, de la vanidad española, con mucho de la indolencia indígena.

Aquí parece que se habla del americano en general; pero es necesario distinguir. En los pueblos derivados de Inglaterra prevalece el inglés sobre todo otro elemento, como en los pueblos derivados de España prevalece por sobre todos el elemento español. Sino que tanto los pueblos ingleses de América, como los españoles, se han ido asimilando de pueblos extraños aquellos caracteres más cónsonos ó más simpáticos á su modo de ser español ó inglés, y no poseen, al propio tiempo, las condiciones todas de todos los pueblos, algunas de las cuales se excluyen: así los yankees tienen mucho de alemanes, y mucho de franceses los hispano-americanos.

He podido hacer una observación: en los Estados Unidos los extranjeros que están siempre menos mal son los alemanes; los alemanes cuando están en el colmo de la miseria se hacen, en aquel país, músicos ambulantes, expendedores de cerveza ó de legumbres á domicilio, pregoneros de diarios,—ocupaciones no nada deprimentes; en cambio, mucho noble italiano venido á menos ha barrido las calles de New York y de Philadelphia.

Entre los propios pueblos hispano-americanos hay sus diferencias: Venezuela es heroica, Colombia académica, Ecuador clerical, Perú sibirático, Chile conquistador, y cosmopolitas Uruguay y la Argentina.

Pero en toda la extensión de la América hispano parlante existe con ligerísimas variantes el mismo sér americano y el mismo ideal de americanismo; véase si no la actitud de América en la cuestión actual de Cuba y en la no menos trascendente del latrocinio de Guayana.

De donde se sigue que hay un sentimiento americano, hijo de una raza americana, y que bien pronto debe existir—y á ello debemos tender—una literatura americana, ya que el arte es al pueblo, lo que la flora es á la zona, lo que el fruto es al árbol, lo que la fragancia es á la flor.

II

La literatura hispano americana—llamo así el producto de la labor intelectual de nuestros literatos—durante el período de incubación vivió al calor de las letras españolas; después, crecida ya y en pleno desarrollo, se ha dado á exprimir el pezón del arte francés. Dos tendencias subsisten, sin embargo, cuales son: 1.ª la de aquellos miopes de inteligencia, paralíticos de voluntad, que en virtud de su inercia intelectual, no desean otra cosa sino ser llevados por la onda mansa y arcaica del arte español, onda revolucionaria en el siglo XVII, hoy remanso legamoso y mefítico; 2.ª la de los jóvenes que nacen á la vida del arte en época tan tumultuaria como es la nuestra, Tánalos del ideal, excépticos por instinto, fo-

gosos por temperamento, poetas por la edad, que hacen sus abluciones en la fuente francesa como en un manantial sagrado.

Para la una escuela: arcaísmo es elegancia; retórica, literatura; Cervantes lar; el catolicismo dogma; la Academia pitonisa. Encastillada en las tradiciones, murada por la gramática, vive esta escuela extraña al gran movimiento intelectual del siglo, y como espectral aparición de una edad muerta. Suerte de China, de propio querer ensordecida á la sugestión de nuevos ideales, se alimenta al presente con solo arroz intelectual, y se da por entero á la fábrica de triquitraques retóricos.

Para la otra escuela: Víctor Hugo, Musset, Baudelaire, Leconte de Lisle, son los poetas; Stendhal, Flaubert, Zola, Maupassant, los noveladores; Sainte Beuve, Taine, Lemaître, France, los críticos; los modelos de estilo, Théophile Gautier y Paul de Saint-Victor. El moralista para este grupo de escritores es Dumas, y Renán el encanto.

Los jóvenes americanos, no viendo campo suficiente para sus alas en la ortodoxa escuela española, por la una parte, y por la otra llevados de los vientos cosmopolitas que hoy soplan, se dieron á apacentar su espíritu en praderías donde creciera lujurante el pasto intelectual. Fuera de que no cultiva la generalidad de los americanos españoles otras lenguas extrañas sino la francesa, tenemos nosotros hacia Francia la misma inclinación que tuvo Francia hacia Roma, que tuvo Roma hacia Grecia.

Fué lazo de unión entre Roma y Grecia, el paganismo; entre Francia y Roma, aparte los vínculos de raza, la jurisprudencia y la política; entre América y Francia, la Revolución, cuyos más bellos ideales están en nuestros códigos como leyes, y en nuestra sociedad como costumbres.

Las literaturas del Norte, por otra parte, hijas de las necesidades de otras razas, mal se avienen con nuestro gusto y temperamento; de ellas sólo nos llegan,—y siempre al través de libros franceses,—los nombres que por grandes flotan en la corriente universal. De ahí que Francia sea nodriza y maestra de la generación literaria que hoy florece en América.

III

No se debe propender á excitar odios entre América y Europa. Europa necesita de América para mercar producciones de industria,—mientras la nuestra sea tan rudimentaria;—pero también América ha menester de Europa: es de allá de donde viene hacia nosotros la corriente de inmigración, merced á la cual, en primer término, la hegemonía entre los pueblos de América la ejercerá, en no lejano tiempo. Esto comprende Europa, y como pugna por alejar indefinidamente tal instante, nos mira con aquel secreto é indefinible rencor que guardamos contra quien ha de sustituirnos. De ahí el que nos injurie con estudiado menosprecio; que á porfía nos haga aparecer ante sí misma como seres poco menos que salvajes; de ahí el que ponga singularísimo empeño en que se nos desconozca, ó se nos conozca

mal. No queremos que en sus colegios Europa enseñe geografía é historia americanas, no queremos tanto; aspiramos, sí, como cosa que se nos debe de justicia, á que la prensa europea no nos denigre por boca de pérfidos sicofantes, llámense Castelar ó Rochefort ó como sea.

Imita un poetastro de América á Zorrilla, pongo por caso, en señal de admiración y vasallaje intelectual, y corre un Clarín ó un Valbuena y pone en la picota del ridículo á ese menesteroso de inteligencia que, por otra parte, bien lo merece.

Unos pobres imbéciles, cerebros de topos, manifiestan en la medida de que son capaces tan noble sentimiento como es el afecto al país de Francia, y es Francia quien primero los befa con el calificativo humillante de rastaquouères.

Nuestras odas á Víctor Hugo las paga ella con reclamaciones que ponen miedo por lo exorbitantes, que dan vergüenza por lo inmorales. España, Alemania, é Italia quieren también colmar con oro el abismo que de ellas nos separa, y echar un puente por donde puedan traficar nuestro servilismo y su insolencia.

No se habla aquí de Inglaterra: ese país es el bandolero de los pueblos; expoliador é incendiario, viola Naciones débiles como un Polifemo maldito que violara Vestales.

¡Ojalá que se pudiera padecer al propio tiempo muchas agonías para ver morir á ese infame pueblo, viejo colorado y borracho Falstaff, en una parrilla asado como San Lorenzo; á la cola de los potros salvajes, puestos en fuga, como los bandidos del desierto; arrojado desde la eminencia de su propia infamia como desde una Roca Tarpeya; como las mujeres del Harem inñeles al Sultán, dentro de un saco, en las azules ondas del Bósforo!

No es esto preconizar la excelencia y necesidad de un cordón sanitario entre Europa y América, no. Mal haríamos si nos aislásemos en una especie de Tebaida moral. Los tiempos son propicios á ideas más generosas. Sino que debemos ver á Europa como á igual, y no rendirle ninguna suerte de vasallaje: abramos nuestros puertos á sus productos, nuestros brazos á sus hijos, nuestra inteligencia á sus ideas; pero no le paguemos infames reclamaciones, no nos creamos étnicamente sus inferiores, no la remedemos como unos simios. Leamos sus libros; pero estudiemos nuestra naturaleza. Admiremos su arte; pero creemos el propio.

Nosotros hicimos la epopeya americana. ¿No sabremos ahora cantarla? Tenemos los Andes por montañas, Amazonas por río, la Libertad por dogma, la Humanidad por hermana, la República por credo, la América por patria, Ayacucho por gloria, y por Libertador á Bolívar.

Si el rastaquerismo en orden á las costumbres es acreedor á la más acerba censura, ¡cuánto más no lo será el rastaquerismo literario!

Ante todo una cosa: sinceridad. Obedezcamos al temperamento. Seamos dentro de nuestras estrofas ó nuestros períodos los mismos que somos dentro de nuestras levitas ó nuestros paletós.

La verdad que somos un pueblo joven y

carecemos de ciencia y carecemos de literatura; mas procedamos como la abeja: libemos en todas las flores y laboremos la miel; la miel no será de la rosa, ni del lirio, ni del nardo: será de la colmena y la obra del acucioso insecto.

Entre los pueblos latino americanos se puede hablar de una teoría que fuese al Arte lo que es al Derecho de Gentes la doctrina llamada de Monroe: Europa no puede conquistar nuestro territorio; que no pueda conquistar nuestra inteligencia.

RUFINO BLANCO FOMBONA.

Caracas.

IDIOMAS

Al poeta Carlos Ortiz.

Todo tiene su idioma, todo canta
 En el mágico templo de la tierra;
 La onda que murmura,
 Y la hoja que tiembla,
 El rayo de la luna que desflora
 La espuma azul sobre la roja arena,
 El relámpago hiriente, que en giros
 Con su látigo de oro abre la niebla,
 El picaflor que brilla
 Sobre la fronda esbelta,
 El arco misterioso de la bruma
 Que hunde al valle en recóndita tristeza,
 La aurora que se ciñe
 Su cintarón de perlas,
 La alondra que alza en el altar del bosque
 La oración de sus místicas endechas,
 El cierzo que suspende
 Su lira entre las peñas,
 El cisne que abre su dosel de nácar
 De pie en el margen que labró la yerba,
 La luciérnaga errante
 Que entre las ramas deja,
 Desflocando los pliegues de la sombra,
 El polvo verde de su luz inquieta,
 El mustio jaramago
 Que crece entre las grietas,
 El muro á que se enrosca
 La serpeadora yedra,
 El ciprés que solloza en los sepulcros
 Como un salterio que el dolor hiriera,
 El sol que se hunde en su carroza de ópalos
 Sobre las olas de la mar inmensa,
 El jazmín pensativo
 Que en la ventana sueña,
 La campánula que abre
 Su búcaro de seda,
 El águila que tiende
 Su vuelo en las tormentas,
 La mariposa que en la flor espuma
 Con humo de oro su fugaz ostela,
 El sauce que desata
 Su blonda cabellera
 Y deja en el remanso cristalino
 El collar roto de sus hojas secas.
 La tarde que agoniza,
 La noche que despliega
 Su mágico abanico
 Prendido con estrellas,
 El junco que se queja en la laguna,
 La estalactita que cunjó en la piedra,
 La cascada que hierve
 Bajando una ladorna,

El aura que desgarrar
 Su túnica en las breñas,
 El trueno que estremece la esmeralda
 Del mosaico feraz de la pradera,
 El marco fulgurante del rocío
 En que tejen las lilas su diadema,
 Y el fuego de tus ojos,
 Y el arco de tus cejas,
 Que parecen dos tules que velaran
 El fulgor de dos lámparas eternas.

PEDRO J. NAÓN.

POESÍAS

METEORO

A mi querido hermano Esmeraldo López.

Descolgaron los bardos la lira,
 y pulsando las mágicas cuerdas,
 arrancaron melódicas notas
 en festivas, nupciales cadencias.
 Es que un soplo de ráfagas dulces
 les habló de los mundos que sueñan
 esos hijos proscritos que un día
 ocultaron undivagas nieblas.

Y avanzaron y avanzan rodeados
 por un nimbo de luz los poetas,
 de esa luz que tan sólo á los genios
 resplandece en las horas supremas.

Mientras tanto del mundo la orgía
 y las torpes, fatídicas fiestas
 en brutal carcajada despiden
 el aliento letal que envenena.

Pero avanza impertérrito el vate,
 sin que na la en su torno conmueva
 el alcázar soberbio que forja
 con destellos de luz de la idea.

Y las turbas vulgares avanzan
 tras el surco indeciso que dejan
 otras turbas que van adelante,
 en el lóbrego limbo en que ruedan.

Y el poeta de numen gigante
 va dejando lumínica huella:
 es la estela de luz que el meteoro
 al cruzar los espacios proyecta.

ORIENTAL

¡Oh Filena! ¿Te acuerdas que un tiempo,
 cuando ardían de amor nuestras almas,
 tú me hablabas de dichas futuras
 y de un mundo fantástico de hadas,
 donde iríamos juntos un día
 de venturas y dichas arcanas?

¡No te acuerdas, quizás, de ese lapso
 que el olvido borró con sus ráfagas,
 ni te acuerdas de aquellas historias
 que una noche de amor me contabas!...

¡Oh sibila inclemente y adusta!
 Tú que sabes mis lúbricas ansias,
 ven á darino en tus hábitos tibios
 las caricias que sueña mi alma;
 tú, que sabes la fiebre secreta
 que avasalla, tortura y que mata,
 ven á darme siquiera un consuelo
 en un rayo de luz de esperanza.

¿Qué son, dime, visión de mis sueños,
 estas ansias que agitan mi calma?
 ¿Son, acaso, el fulgor de tu gloria,
 Ó son glorias de dichas pasadas?...
 ¿Ó son, ninfa, sutiles efluvios
 que se elevan de tu órbita glauca?

Yo no sé. Pero siento que un genio
 me levanta en sus mórbidas alas
 y me cuenta tus sueños de virgen
 y las nupcias de mi alma y tu alma.

HERIBERTO LÓPEZ.

Chilo.

Carta filosófica

Á Carlos Martínez Vigil.

Distinguido crítico y amigo:

No todo ha de ser pulsar el harpa y pedir inspiraciones á esa musa rebelde y esquiviva, que suele á veces arrojarme con desdén unas cuantas estrofas, flores marchitas de los festines con que Apolo se recrea en su dorado alcázar del Parnaso. Hoy me propongo más ardua tarea: hoy quiero invadir el campo áspero y tenebroso de la filosofía, aunque me exponga á cada paso á precipitarme en alguno de los hondos despeñaderos que bordean el camino.

Ya siento á lo lejos, como un rumor de olas que se chocan entre riscos, la homérica risa de los filósofos de todos los tiempos, en un coro unísono, ensordecedor, inmenso; coro en que lleva la batuta el gran Voltaire, como un Mascheroni de la hilaridad y de la burla.

Entre todos los *coristas*, el que suele á veces levantar más alto el diapasón de la ironía es Pitágoras, el de la famosa teoría de la *Metempsicosis*; pero yo no hago caso de sus desatinaciones de artista novel, y sigo adelante. ¿Quién se preocupa de un hombre que afirmaba haber sido lechuga?

Platón, el gran Platón, también, desde lo alto de su roca, acompaña en un sí bemol sostenido la descomunal baralunda; y, con su voz de bajo profundo, severa y profética, Sócrates, levantando en alto la copa en que bebe la cicuta, mezcla sus notas á las de sus demás colegas del pasado y del presente.

En cuanto á Darwin y á Büchner, ni siquiera han reparado en mi atrevimiento! El primero está empeñado en hacer comprender un artículo del *Thamesis* á un gran chimpancé que le mira con ojos picarescos, comiendo unas castañas, y el segundo se ocupa en extraer de un cráneo abierto su famosa *secreción del cerebro*.

Yo imito el ejemplo de Diógenes; que nos silba á todos juntos desde el fondo de su tonel, como en la hermosa composición del poeta de las «doloras», y continuó en mi empresa, algo animado por la sonrisa de bondadosa complacencia con que me mira Jesús como diciendo: ¡ten cuidado con el Calvario!

Y aquí estoy, pluma en ristre, sin más bagaje que mi atrevimiento, ni otro guía que mi audacia; pero al mirar lo largo y breñoso del camino á recorrer, las asperezas de las zarzas que lo cierran, las dantes-

cas lobregeces que por doquiera me circuyen, me detengo y vacilo. . . Mi cerebro está como un punto suspendido en el infinito, perdida la noción del tiempo y del espacio.

¿Hacia qué lado dirigirse? ¡Oh Edison! préstame uno de tus focos de lumbre, para disipar estas tinieblas en que se agita mi impotencia. Pero, no! no es esa la lumbre que yo necesito: esa luz me conduciría al materialismo, porque es la luz de la ciencia, y yo estoy reñido con la ciencia y vengo a combatir el materialismo, á dar en tierra con esa odiosa filosofía que todo lo hiela y todo lo derrumba!

Tampoco puede servirme tu linterna, ¡oh Diógenes! Tú la usabas para buscar un hombre, y yo necesito ir más allá del hombre: necesito hallar, si es posible, la relación entre el creador y la criatura, y revelarle á ésta los misterios de su sér enigmático y los fines para que ha sido destinada en el Universo.

Me contentaré, pues, con seguir una de esas chispas fugaces con que el humorismo se alumbrá á veces para penetrar en los más intrincados laberintos del pensamiento, y marcharé adelante tanteando en las tinieblas.

Pero ya he prometido demasiado, y vuelvo atrás sobre algunos de mis ofrecimientos, por temor al fracaso y á sus inevitables consecuencias si mis fuerzas me faltan en la mitad de la ascensión y no alcanzo á la cumbre. Dije que iba á derrumbar el materialismo, y dije mucho! Me contentaré con ser el heraldo, el centinela avanzado de la pléyade de ilustres filósofos del mañana; de los que volverán á encender la luz de la fe sobre el ara derruida de las antiguas creencias. Seré yo el precursor de la filosofía neo-idealista del porvenir, y esto me basta para la gloria de mi nombre! . . .

La reacción vendrá, no lo dudéis; ella se impone; la humanidad empieza ya á fastidiarse de caminar sin el apoyo de un Dios en su eterna peregrinación por el infinito; y si Aquél no se revela de un modo claro, evidente, que no deje lugar á dudas sobre la realidad de su existencia, irá el hombre á buscarlo donde quiera que se oculte, ó lo inventará, convencido, como Voltaire, de que sin un centro espiritual de amor y de justicia, la vida es un infierno.

Ante todo debo confesar que yo disto mucho de ser un «creyente», en la acepción vulgar de esta palabra: no creo en nada, ó mejor dicho creo en algo: en la mutabilidad de todas las creencias. He aquí, precisamente, de donde arranca mi esperanza.

Entremos en materia.

La lógica, ese hilo de Ariadna de que se sirve la inteligencia para penetrar en el oscuro dédalo de la filosofía y de todos los humanos conocimientos, varía constantemente en el espacio y en el tiempo.

Aconsejad, por ejemplo, el uso de la cuchara al chino que se complace en comer con palillos los granos de arroz que nosotros podríamos apenas llevar á la boca con tan raro instrumento, y se reirá de vuestra recomendación sin comprenderla. Y sin embargo, ese chino no es un demente: él es el que elabora como nadie el té con que se

deleita medio universo; el que teje las más ricas telas del mundo; el que fabrica maravillosas porcelanas, en competencia con los mejores artifices de la tierra. . .

Decid al fanático de ciertas religiones orientales, que es un disparate abrirse el vientre de una cuchillada *en honor* de un Dios cuya existencia es problemática, y os partirá el cráneo con su alfange, como hago yo ahora con el sentido común, desde mi improvisada cátedra de filósofo. . .

Todos conocemos el famoso dictamen del consejo de sabios de Salamanca, con respecto á la magna empresa de Colón, antes de ponerla éste en práctica. . . Pero, sin ir á buscar ejemplos en lejanos países ó en la historia, la misma diversidad de opiniones en política, filosofía, religión, artes, etc., entre personas cuyo talento é ilustración son innegables, ¿no es una prueba latente de que el criterio, y con este la lógica con que estudiamos y apreciamos todo lo que nos rodea, varía hasta lo infinito, aunque algunas veces coincidan las opiniones de todo un pueblo, de toda una serie de generaciones, sobre determinados hechos, gustos, ó creencias?

Demostrada, pues, la insuficiencia de la lógica, báculo en que se apoyan todas las filosofías en su penosa marcha hacia la verdad por tantos años perseguida, ¿en qué base sólida, incommovible, ha de fundarse el materialismo para asegurar que sus doctrinas, de terribles consecuencias para todas las sociedades en donde caigan como un huracán de hielo, barriendo todos los ideales y helando todas las conciencias, son las únicas razonables, las únicas ciertas, las únicas eternas? ¿En la ciencia, decís? . . .

Ve un sabio, durante largos años, rodar sobre una plancha de acero inclinada hacia el suelo por uno de sus lados, una larga serie de cuerpos esféricos de distintas naturalezas y materias, y de ahí deduce al fin lo que científicamente llamamos un *principio*. De ese principio, á todas luces invariable, siempre que no se interpongan obstáculos que imposibiliten la caída de las esferas en cuestión, toma, á su vez, la filosofía acaso uno de sus más poderosos argumentos; pero, he aquí que después de muchos años de experiencia, y cuando menos lo esperaban el sabio y el filósofo, resulta que hay entre todas las esferas una que, siendo semejante á todas las demás en forma, tamaño, color, peso, no rueda, sin embargo, como sus demás compañeras, y se queda, por el contrario, adherida fuertemente á la superficie de la plancha (me refiero al imán, y quiero suponer ignorada la existencia de este mineral, para el sabio de mi ejemplo.) ¿No tenemos aquí brevemente demostrado que siempre lo imprevisible puede venir á echar por tierra toda una larga serie de ideas tenidas por ciertas, por invariables, durante un determinado número de años; toda una filosofía, en fin?

Ahora bien, si, por ejemplo, hubiera existido en las capas primarias del globo un poderoso agente químico, desconocido aun para nuestra ciencia, cuyo agente hubiera atacado de un modo directo á los organismos animales y vegetales tal como los conocemos hoy nosotros, ¿no vendría ya esto

á connover fuertemente, si no á derrumbar por su ba-e toda la teoría del desenvolvimiento progresivo de las especies, y con ésta acaso el más poderoso baluarte del materialismo moderno? (Adviértase que el tal agente sólo debe tomarse como pretexto para un argumento momentáneo.)

Explíquenos en buen hora el gran Darwin la evolución de las especies, valiéndose de una lógica que parece ser la única aceptable en este segundo de la vida universal que llamamos *siglo de las luces*; jure y perjure el buen inglés que Aspasia, Beatriz, Cleopatra, Fornarina, Julieta y toda esa guirnalda de rosas humanas que lucieron sobre el mundo en distintas épocas históricas, es sólo un eslabón de la gran cadena en que también fué á enlazar su rabo una mona negra y peluda como *Fancho* el popular cuadrumano de Palermo; afirme, repito, entre sorbo y sorbo de *Room* ó de *Wiskey*, el peludo filósofo, que la chispa que fué á encender en el cerebro de Víctor Hugo la llama del genio sufrió antes un millón de transformaciones entre otras tantas familias de micos, orangutanes y gorilas; explique, en fin, el sabio, ya próximo al paroxismo, en medio de sus alucinaciones báquicas, y detreando en las capas geológicas del globo como en un inmenso papiro genesíaco, los misterios *elúsicos* del hombre y de su aparición sobre la tierra; pero, aun con todo eso, ¿no puede ser la humanidad «un fuego siempre vivo con que Júpiter se divierte á sí mismo»?

Otro argumento se me ocurre.

Si la materia, con serlo, ha llegado á producir por una serie jamás interrumpida de combinaciones inconscientes, ese fluido admirable, aun no definido, que designamos con el nombre de pensamiento, ¿por qué de esa misma materia no puede haver surgido también, muchos millones de siglos antes de que el hombre hiciera su aparición sobre la tierra, y aun de que ésta apareciera a su vez en forma de nebulosa en nuestro sistema planetario, otra inteligencia, otro sér infinitamente superior al hombre y libre ó dominador de este reducido número de leyes físicas que nosotros conocemos, gracias á nuestra embrionaria y deficiente ciencia, en el átomo sideral que nos sostiene en el espacio?

¿Será lógico suponer que el hombre, en todo ese inmenso piélago de sombras y de misterio que llamamos el infinito, sea el único sér pensante, el único sér inteligente que mira en torno de sí, y se comunica con lo que le rodea, y escala cumbres y sondea abismos sin otro auxilio que el de su inteligencia?

¿Y si esta última, en fin, es producto de la materia, y su progreso está en razón directa del tiempo que transcurre desde su primer manifestación viva y latente (verdades que parecen innegables al materialismo y aun en cierto modo á los mismos espiritualistas), estando casi todos contestes en no creer que nuestro globo sea el único habitado, ni mucho menos el que ofreció antes que todos medio apropiado, á la materia, para que ésta efectuara los innumerables fenómenos físicos y químicas combinaciones que dieron por resultado la huma-

na inteligencia (y adviértase que vuelvo contra el materialismo sus propias armas), ¿por qué no pensar que en otras regiones del espacio, é invisibles á nuestros ojos por perversidad ó por capricho, haya otros ojos que nos observen, otra voluntad que nos domine, ó un tirano voluntarioso, especie de Neión universal, que se complazca en martirizarnos; tal andan las cosas por aquí abajo?...

Al llegar á este punto de mis *tartarinescas* hipótesis, siento que aumenta la silbatina de los filósofos, y oigo á Voltaire que me grita levantando su voz por encima de todas: ¡pero entonces, oh ilustre *gaucho!* ese Dios que tú nos presentas como surgido de la materia ¿habrá pasado también, como el hombre, por el estado de mico ó de orangután antes de llegar á ser el rey del universo?

Aquí Darwin, por dar más fuerza á sus teorías, se pone de mi parte, y Büchner levanta gravemente la cabeza; pero yo, convencido por fin, como don Francisco Antonino Vidal, de que la humanidad se compone de dos grandes especies de locos: bravos y mansos, pongo fin á esta carta, pensando en cuál de esas dos categorías me colocarán mis lectores, no sin antes decir á éstos para concluir: ¡podéis dudar, pero aun no se ha perdido toda esperanza!

De Vd. affmo. amigo y S. S.

GERMÁN GARCÍA HAMILTON.

Buenos Aires.

Entre las sombras!

A Octavio Espinoza y G.

Verdaderamente que había sido mala con Eduardo. ¡Qué tontería la suya! ¡Incomodarse por tan poco! Porque el pobre mu chacho, que la adoraba hasta el delirio, había intentado quedarse esa noche con ella. Y qué! ¿acaso otras veces no lo había hecho? ¿Qué tenía, pues, ello de nuevo ni de malo? Porque, después de todo, ella lo reconocía ahora. Eduardo era una excelente persona que bien merecía la pena de que ella—si esa noche había sentido repugnancia por las caricias á que la invitaba—hubiera hecho un sacrificio consintiendo en complacerle. Además, había sido siempre tan fino para con ella y tan moderado en sus exigencias! Y si esa noche se había molestado—por primera vez desde que la conocía—y obsesionado, lúbrico, había querido abusar de ella poseyéndola por la fuerza, en su derecho estaba, puesto que era su amante; quien la sostenía á costa de grandes sacrificios—á ella le constaban;—quien la había regenerado, haciéndola olvidar su vida de mundana, y quien, en fin, la salvó de aquella asquerosa enfermedad que la llevaba á ocupar un lecho en una sala de Hospital; allí donde Eduardo—estudiante de medicina—la hubo conocido, la asistió con toda clase de cuidados y llegó á amarla intensamente sobre todas las cosas y personas. Porque por ella descuidaba sus estudios, apartábase de sus amigos y disminuía las

visitas que acostumbraba hacer á su familia, residente en un pueblecito cercano.

Y la ruptura estaba hecha! Después de las súplicas, de las amenazas, de los hechos brutales y de las palabras injuriosas, Eduardo había recobrado la calma, esa su calma inalterable de muchacho provinciano que tan bien se avenía á su carácter de futuro médico. Tranquilo, casi sonriente, había recogido varios papeles, arrancado de las paredes dos ó tres retratos de su madre y hermanas con que había tenido la debilidad de obsequiar á su querida, había dejado sobre una mesa algunas monedas, y después, frío, impassible, sin cólera ni rencor, con el sombrero sobre las cejas y sin mirarla siquiera, habíale lanzado un «adiós» seco, hiriente, que aun sentíalo resonar en el alma y en el corazón y en el cerebro. Ay! es que bien sabía ella que ese adiós era eterno y que Eduardo, que en un tiempo fué su esclavo, no consentiría ahora en perdonarla ni en verla jamás.

Y sólo ahora, que lo veía perdido para siempre, comprendía que le amaba furiosamente, que le quería tanto, pero tanto como sólo había querido á aquel infame que supo enseñarle el placer incitante de los besos y la diabólica delicia de las caricias compartidas. Ah! y no era sólo la pérdida de su amor la que lloraba: comprendía también cuánto iba á cambiar su vida cuando, faltándole por completo el apoyo de Eduardo, la miseria, con todo su cortejo de males, viniera á arrojarla de esa su casita—donde había pasado momentos tan tranquilos y tan felices—después de haberla hecho vender ó empeñar las cosas fútiles primero, los muebles después, en seguida la ropa, y después... pero, ¡Dios mío! ¿qué se vende ó se empeña después, cuando se ha agotado todo y sólo quedan harapos que dejan ver un cuerpo tentador y joven?...

Y al cerrar con fuerza los ojos para no ver el fantasma de la miseria que le amenazaba, creyó percibir entre las sombras del perfil mefistofélico de un antiguo conocido—el vicio—que intentaba en vano disimular una carcajada. . . .

JOSÉ M. BARRETO.
Peruano.

Tacna.

EL HERRERO

El yunque vibra. Un artesano obscuro,
En su negra miseria
Uncido del trabajo al yugo duro
Por las leyes que rigen la materia,
Forja incansable con sublime anhelo,
Tal vez sintiendo sed de lo infinito,
Tal vez sintiendo en su alma el apetito
De la divina claridad del cielo.

Ve dele! inclinado en la rojiza llama
Que en su frente derrama
Como un sangriento resplandor de aurora,
Hace gemir en sus tenazas preso
El metal que de rojo se colora,
Mientras vuelan sus cánticos sencillos,
Que son como los cantos del progreso
Que vibran al compás de los martillos!

Buenos Aires.

CARLOS ORTIZ.

JUAN EL BAUTISTA

(FRAGMENTO DE UNA ALOCUCIÓN)

Diecinueve siglos hace que un hebreo de gallardo continente y hermoso físico, de condición humilde y acaso plebeyo alcurnia, vestido de pieles y calzados sus pies con toscas sandalias, allá, en Palestina, su nativo suelo, entonces bajo la dominación de los césares romanos, recorría las solitarias riberas del Jordán, río famoso en la historia ó, mejor dicho, en la fábula bíblica, por los extraordinarios é innumerables acontecimientos que, ora en su seno, ora en sus pintorescas cercanías, diz que tuvieron lugar en muy remotas épocas.

El hombre que tan extraña vestimenta usaba, empuñando nudoso cayado, venía del desierto donde había permanecido largo tiempo fortaleciendo su espíritu con la penitencia y la oración y sin otros alimentos que raíces y frutas silvestres.

¿Quién era ese hombre? preguntaréis.

¿Acaso un visionario?

¿Un excéptico?

¿Ó simplemente un viajero de paso á los reinos del Oriente?

Ese hombre era un profeta; el más grande acaso que hayan visto las antiguas edades.

Llamábase Juan el Bautista, frisaba entre treinta y treinta y seis años y era el emisario del Hombre Dios, el Precursor del Mesías esperado con tan vivo interés por el pueblo de Israel.

Juan el Bautista, en cuyos ojos de un azul purísimo se retrataba la bondad infinita de su alma, á la vez que predicaba la buena nueva á las multitudes que ansiosas se agrupaban en torno suyo á escuchar su cautivadora palabra, derramaba el agua del bautismo, en nombre de un Sér Omnipotente sobre la cabeza de sus discípulos.

Tiempo más tarde, Jesús de Nazareth, antes de dar á conocer al mundo su moral filosófica, antes de dar comienzo á la predicación de las saludables doctrinas que habrían de elevarlo, en calidad de sedicioso y trastornador del orden público, á concluir sus días en el afrentoso suplicio de la cruz en el monte Gólgota, encaminóse al Jordán, donde recibió de manos del Profeta el sacramento bautismal sobre su augusta cabeza.

Refiere la leyenda que Herodias, mujer ó manceba de Herodes Antipas, á la sazón rey y señor de Galilea, no pudiendo tolerar que el Bautista, públicamente, la echara en cara en sus sermones su vida licenciosa y disoluta, se propuso vengarse de él, haciendo valer al respecto todas sus influencias ante su coronado consorte, para conseguir el logro de su criminal designio.

Con efecto, el odio, la maledicencia satánica que por lo común se ensañan contra los hombres superiores, conjuráronse contra el Precursor, quien, acusado de alterar el público sosiego en los dominios del autócrata de Roma, fué aprehendido y encerrado en una oscura mazmorra del castillo de Magueronta, regia morada del tributario rey.

Días después, las vespertinas brisas llevaban hasta la fría prisión subterránea de Juan los ecos bien perceptibles de musicales instrumentos, el ruido de copas que se chocaban, de gritos agudos y de sonoras cascadas baquicas!...

Por las grandes ventanas del segundo piso, por las ojivas de los negros torreones y minaretes del castillo, torrentes de luz, escapándose furtivos, denunciaban la alegría que reinaba en el interior del edificio. Era que en la real mansión del señor y árbitro de los destinos de Galilea estaban de fiesta.

En presencia del rey, beodo ya á causa de continuadas libaciones, Salomé, hija de Herodias,—la infame adúltera,—al són de castañuelas y tamboriles, danzaba cual poseída, provocando sus piruetas y desenvueltas actitudes coreográficas la admiración del rey y de su corte.

Herodes, entusiasmado, llegó á decir á Salomé, á la conclusión de su baile:

—Píde, bella joven, y te daré si quieres la mitad de mi reino.

Los ojos de Herodias brillaron de siniestra satisfacción, y cual fiera que acecha la ocasión propicia para lanzarse sobre su presa, se propuso aprovechar la coyuntura que se le presentaba para deshacerse de Juan, el inocente cautivo del castillo de Maqueronte. Acercóse, pues, sin tardanza al oído de Salomé y con tono misterioso díjole:

—Pídele la cabeza del Bautista.

Y como aquella, más que insinuación materna, era una orden expresa, Salomé pidió á Herodes lo que se le indicaba, con igual entereza de ánimo que si solicitase un collar de piedras preciosas para su cuello.

¿Qué les importaba la vida del justo á aquellos corazones perversos, encallecidos en el servilismo palaciego, la disolución y el crimen?.....

El día empezaba á clarear espléndidamente.

Dormía Juan cuando el verdugo se presentó en el lóbrego encierro.

—¿Vienes á anunciarme la libertad? le preguntó con voz entera el Profeta.

Y el verdugo le replicó:

—Dices bien; á anunciarte la libertad vengo; de hoy en adelante serás ya libre. El rey mi amo y señor me envía á que le lleve tu cabeza. Y apoyando bruscamente en el banco de piedra, que le sirviera de almohada, la cabeza del santo prisionero que permanecía aún sentado en el suelo, de un rápido y certero golpe de hacha separó la cabeza del mártir.

Un grueso chorro de sangre, que alcanzó á salpicar la burda cotona roja del sayón, inundó la pista del sacrificio.

El holocausto estaba consumado; los deseos de Salomé cumplidos, y la venganza inicua de Herodias, satisfecha.

Muerto el Precursor, los moradores de Maqueronte podían ya dormir tranquilos!!

..

Es así como la tradición ha conservado hasta nosotros el episodio de la muerte del

Bautista; episodio continuamente embellecido en el lienzo ó en el mármol por artistas insignes, y en la poesía y en la leyenda por inspirados vates y galanes prosadores de todas las escuelas.

La religión católica, con motivo ó sin él, ha incluido el nombre de Juan el Bautista en el catálogo de sus apóstoles, mártires y confesores.

Y sea porque dicha religión nos merezca más crédito que otras de las que han inventado algunos hombres supersticiosos ó demasiado astutos, sea porque á ello nos mueve la influencia avasalladora de los costumbres, lo cierto es que aceptamos sin protesta mucha parte de su historia escrita y continuamos siendo bautizados con el agua crismal y con nombres de mártires, apóstoles y confesores papólatras.

J. SANTIAGO ESPINOSA.

Valparaíso.

A.....

Más bella que la luz pura y radiante
Que de mañana la pradera dora,
Veo extasiado, al contemplarla amante,
Tu púdica beldad encantadora.

Tu frente es, niña, un cielo al amor mío;
Tus cejas, horizontes de ese cielo;
Tus lágrimas, sus gotas de rocío;
Tu amor, el paraíso que yo anelo.

Es tu aliento la brisa embalsamada
Por el aroma de lozana flor,
Y tu mejilla, nube arrebolada
Por los destellos del primer albor.

Es tu voz el arrullo tierno y blando
De tórtola que gime enamorada,
Y de las quejas de su amor, llorando,
Al dueño de su amor, apasionada.

Por eso yo te escucho adormecido,
Y al dulce arrullo de tu voz vibrante,
Responde el corazón con su latido
En el fondo del pecho palpitante.

Por eso, si mi nombre tú lo dices,
Engrandecerse entre tus labios siento,
Y besando sus púdicos matices
Al cielo sube de feliz contento.

Por eso, si me nombras, adorada,
Ser feliz al llamarme me parece,
Y mi alma, en ilusiones columpiada,
De dicha ufana en el placer se mece.

JORGE L. SACCARELLO.

MEDICINA LEGAL

(Continuación)

En las asfixias por *sumersión*, hay múltiples signos, pero ninguno seguro, siendo estos signos, algunos especiales y otros generales. La persona que se ahoga, lucha si no sabe nadar, se sumerge luego, para en seguida, debido al aire de los pulmones, á su peso específico general y al aire de la ropa, salir á la superficie. Pero antes de subir,

aspira para hacer salir el aire de los pulmones, y al aspirar le entra el agua, le da tos, sigue luchando, yéndose abajo con el agua que penetra, y en un último esfuerzo trata de asirse de algo, hasta que muere á los 15 ó 20 minutos. En los pulmones del ahogado apenas si se encuentra una cucharada de agua, mientras en el estómago se encuentra mucha. Los signos característicos de los ahogados son: la palidez del cadáver y su notable frialdad; el *hongo* que aparece delante de la boca y de la nariz, signo éste característico formado por una espuma; y por último, como dato secundario, lo que se llama *carne de gallina*, la cual se debe indudablemente á la contracción de las fibras musculares lisas de la piel, que hacen se eleven los folículos pilosos. Este dato no es muy seguro, porque la carne de gallina se puede encontrar en otros géneros de muertes, sobre todo en las repentinas.

La asfixia por *sofocación*, se produce cuando se cierra la boca; cuando se pone un tapón en la faringe; cuando se oprime el tórax, p. ej., enterrando á un individuo hasta el cuello, cosa que impide los movimientos del tórax y por ende la respiración; y finalmente, tratándose de infanticidios, cuando se sumerge la cabeza en un medio pulverulento. Se ha tratado de averiguar los signos de la asfixia por sofocación por medio de las manchas de Tardieu, las que, aunque carecen de la eficacia que se les atribuía, pueden servir, sin embargo, como un dato secundario.

Se da con la asfixia por *extrangulación*, á consecuencia de la efimosis que deja en el cuello. Si el agredido se ha resistido y ha sabido luchar, deja vestigios en el cuerpo.

En la asfixia por *suspensión*, hay surco en el cuello, que conviene distinguir del de la extrangulación simple; en aquélla, nunca es transversal como en esta última; el surco no es continuo á causa del nudo; la cabeza está del lado opuesto al nudo, pudiendo también encontrarse en los ahorcados cierta eyaculación de líquido seminal. Lo caprichoso en las suspensiones es que no es siempre completa, y así sucede que se encuentren personas suspendidas incompletamente y muertas, apoyando, p. ej., una pierna, una rodilla, en el suelo ó en un banco, etc., no estando completamente en el aire. Esto sucede y se explica del modo siguiente: la persona que se ahorca, en cuanto se ve con la cuerda al cuello, instintivamente hace por la vida, pero se produce instantáneamente un sopor, una especie de anemia, y pierde por completo el sentido. Y es así que se explica la anomalía de que á pesar de tener á su alcance el medio de aflojar la cuerda y sacársela, en los casos en que no está en el aire, sin embargo se ahorca, no hace nada por la vida, como lo hace el que, dispuesto á matarse, se arroja al agua.

HOMICIDIO Y LESIONES CORPORALES.

V.

Cuestiones secundarias.—Hemos enunciado ya las principales cuestiones á que da lugar el homicidio. Hecho esto, indicaremos someramente algunas cuestiones secunda-

rias, que pueden, á falta de otros datos, ayudar al juez.

I.— a.) *Determinar cuántas horas después de la comida ha muerto la víctima.* — Se sabe, p. ej., que la víctima comió en tal parte y á tal hora; si en este caso resuelven los peritos que la muerte se produjo á las dos horas después de la comida, ya el juez tiene cierta guía que le servirá para averiguar á dónde se dirigió la víctima, con quién estuvo y á qué hora la mataron. El signo que tienen los peritos para resolver esta cuestión y las análogas, lo encuentran en la forma en que se presentan los alimentos en el estómago ó fuera de él: es decir, se encuentra el estómago lleno y sin grandes modificaciones, ó por el contrario, presentándose éste vacío, los primeros intestinos están llenos de quimo. Según esto, dirán los peritos: hace tanto ó cuánto tiempo que ha comido.

b.) Otra cuestión relacionada también con la anterior estriba en *determinar la clase de comida que hay en el estómago*, cosa bastante fácil de resolver, tratándose sobre todo de comidas como fideos, tallarines, vegetales formulados como porotos, garbanzos, etc.; teniendo por objeto esta investigación determinar dónde comió (sobre todo en campaña.) Unida esta cuestión á la anterior, se determinaría si lo mataron allí mismo, ó qué tiempo después de haber salido.

II.— *Determinar si tal lesión es ó no una quemadura.* — Esto es de fácil solución para los peritos, dando la clave, para ello, el estado de los alrededores de la lesión. — Pero ésta no es la principal cuestión en las quemaduras, pues lo más importante desde el punto de vista médico-legal es averiguar si las quemaduras se han producido antes ó después de la muerte. Con la soña enunciación de ella, se pone de manifiesto su importancia, por ser preciso determinar si la quemadura fué hecha en vida, lo que puede suceder, y es el resultado de un accidente, ó si por el contrario, ello se debe á un ardid usado por el criminal para borrar los rastros del crimen. El crimen de Dastres, entre nosotros, es un ejemplo del segundo caso, si bien en él se encontró una herida en el cráneo. Un caso más curioso es el siguiente: una persona que mata á otra por estrangulación y luego de muerta le prende fuego para hacer desaparecer los rastros de su crimen. En este caso se preguntará á los peritos, partiendo de la base de que se ignora la estrangulación, si las quemaduras las recibió en vida ó si ellas se han producido después de la muerte. Si se constatase que ellas se causaron después de muerto el sujeto, sería menester ponerse á buscar la causa de la muerte, quién lo ha muerto y si hay crimen ó no. Si, por el contrario, se dijese que ellas se han producido durante la vida, podría ser ello causa de un accidente.

Cuando la quemadura tiene lugar en un individuo muerto, la ampolla que levanta está llena de gas, mientras que si ha sido producida en vida, lo está de líquido. No obstante, puede acontecer que las ampollas de las quemaduras realizadas después de muerto el sujeto, estén llenas de líquido también, lo cual es debido á ciertas enfermedades; pero se distinguen de las del vivo, porque ese líquido que encierran contiene poca al-

búmina en el primer caso y mucha en el segundo.

III.— *Combustión espontánea.* — Es impropio denominarla espontánea, puesto que esta palabra parece significar que ella se produce de por sí, sin ningún agente externo que la ocasione, mientras que las palabras combustión espontánea tienen otro sentido. Se entiende por tal *la combustión rápida de un hombre por simple contacto con un foco de poco calor.*

Se dice que la combustión espontánea se produce en cierta clase de personas predisuestas por sus tejidos y que no es raro que entre los alcoholistas se encuentren ejemplares de ello. Los pocos casos de combustión espontánea que se mencionan, se rodean de cierto aspecto misterioso, asegurándose que el humo que de ella se desprende es de un color negruzco y de olor fétido, que ataca los objetos situados al rededor del que se quema, sucediendo algunas veces que la persona, estando sentada en una silla de madera, se ha prendido fuego á causa de una perilla que cayó encendida al suelo, quedando la silla intacta.

La combustión espontánea se ha discutido mucho; tiene sus partidarios y sus detractores. El caso de la condesa de Georltz dió mucho que hablar; unos decían: ha muerto quemada por combustión espontánea, mientras que otros sostenían que se trataba de un delito. — Hoy se puede decir que esta cuestión tiene tan sólo un interés histórico, estando reñida con las leyes fisiológicas, pues es sabido que los tejidos humanos no arden así no más. Los pocos casos que se citan, y esto por autores de dudoso testimonio que no los han visto, dan una prueba de lo anteriormente apuntado. Por otra parte, esos hechos que se citan han ocurrido siempre estando el agente solo, sin que nadie le viera. Se mencionan algunos casos, tratándose casi siempre de personas ebrias, que se han quemado completamente; pero esto sucede porque en ese estado no tienen sino una sensibilidad defectuosa y una motilidad disminuida; y como no sienten ni se mueven, claro está, que por un descuido, en que se le prendan las ropas, tienen que quemarse; pero no se vaya á creer que por el hecho de ser alcoholistas arden como mechas, pues es un error el suponer que el alcohol permanece indefinidamente en los tejidos. Se citó en clase un caso sucedido aquí, de un borracho que se quemó en esas condiciones. Era un changador que había ido á su casa en completo estado de ebriedad; atinó á meterse en la cama; pero al subir á ella lo hizo de tal modo que una vela encendida que se encontraba al lado de la cama, cayó sobre él sin apagarse, comunicándose el fuego á la camisa y quemándose horriblemente el lado izquierdo del cuerpo y parte del derecho. Felizmente su mujer acudió á tiempo para evitar que se quemase del todo. Transportado al hospital en ese estado, declaró que había tomado una copa de más, y que había ido á su casa después, metiéndose en la cama, y no acordándose de nada más. Esto prueba que su insensibilidad y su falta de motilidad en plena borrachera, hicieron que no se diera cuenta ni tratara de apagar el fuego, pudiendo haberse quemado to-

talmente, á no ser por la intervención casual de su mujer. Á los 30 ó 40 días de haber entrado, salió del hospital con las horribles quemaduras ya cicatrizadas.

Casos como éstos son los que generalmente se citan con el nombre de combustión espontánea, haciéndose depender de la clase de tejidos del individuo, y no del estado en que se encuentra, esas quemaduras que lo abrasan, sin que de su parte haga nada por verse libres de ellas. Toda la importancia de esta cuestión estriba en determinar si se ha quemado en vida el agente ó si se le ha prendido fuego después de muerto. En el caso de la condesa de Georltz todos estaban de acuerdo en que las quemaduras se habían producido después de la muerte. Se la encontró sentada con los pies sobre unos haces de leña, que se supone hayan sido empleados para calentarse los pies, y en un descuido se quemó ó la quemaron completamente, muriendo antes por cualquier accidente.

IV.— *Muertes ocasionadas por algunos meteoros.* — La muerte por el rayo ofrece datos preciosos que permite distinguirla de las demás. Por regla general, la persona muerta en esas condiciones, si se encuentra rodeada de algún objeto ó cuerpo cualquiera, se encuentra en ellos vestigios del efecto producido por el rayo; así, p. ej., no es raro encontrar los árboles cercanos tronchados, las casas derruidas, los animales muertos, sobre todo los cornudos, lo que sin duda será debido á la acción de las puntas.

Se suelen encontrar á veces imágenes foto-eléctricas en algunos objetos de los alrededores; y así se cuenta que habiendo caído un rayo en un buque, aparecieron en la popa de él ciertos números que estaban grabados en los aparejos que se encontraban en frente. — Mata cita un caso muy curioso ocurrido en una iglesia en la que se estaba diciendo misa. Detrás del altar ó frente de él (no se sabe cierto) había una cortina; cae un rayo, y aparecen acto continuo sobre la cortina estampadas, aunque en caracteres mayores, las dos páginas del misal que en ese momento estaban abiertas. Eran imágenes foto-eléctricas.

El rayo funde además los objetos de metal: imanta el hierro; quema las ropas, dejando á veces á las personas desnudas, rapa el pelo; unas veces quedan los individuos ciegos y paralíticos y sordos, mientras que vice-versa, puede producir efectos completamente contrarios. — Se cita el caso de un sacerdote que entrando á caballo á su pueblo de vuelta de un paseo que acostumbraba hacer, debido á lo cual su cabalgadura conocía perfectamente el camino, sorprendióle una tormenta y fué muerto por un rayo, quedando ileso el caballo, el cual siguió hasta la casa de su amo, llevando á éste como si estuviera vivo, pues conservó la postura que tenía antes de ser muerto.

Las muertes ocasionadas por meteoros, aunque no muy frecuentes, suelen acontecer. — Entran en la categoría de los meteoros, las trombas y la lluvia.

V.— *Muerte por congelación.* — El frío puede también ocasionar la muerte. Sin embargo, en nuestro país, la temperatura no es tan cruda como para ello; la hora mayor del

frío es media hora antes de la salida del sol y la más calurosa á las dos de la tarde.

Hay datos que permiten al perito decir con seguridad si la muerte ha sido ocasionada por el frío. La rigidez de los cadáveres de las personas muertas congeladas, es un signo característico, y distinto de la rigidez cadavérica en el ruido especial que se produce al doblar ó extender un miembro. La trogescencia de la casa y la falta de putrefacción son también otros datos, así como el examen del lugar donde se encontró el muerto.

En nuestro país, el único caso que se puede presentar es el infanticidio por omisión, dejando al feto expuesto á la intemperie, para que perezca de frío.

SUICIDIO.

I. — Disposiciones Legislativas:

Código Penal. — Art. 924. El que excitase á otro al suicidio, si se efectúa la muerte, será castigado con penitenciaría de dos á cuatro años.

Crítica. — Nuestra ley, como se ve, no castiga al que se suicida, y parte para ello de la base de que el que llega á ese extremo lo hace desesperado, y la ley no quiere agriarlo más castigando su acción punible, en el caso de que sobreviva.

Considerando nuestro legislador que el suicidio es un delito, ya que no pena al suicida, castiga sin embargo al que ayuda, excita ó presta los medios para efectuarlo; pues no puede haber en el móvil de este último ningún motivo justificable.

II. — *Cuestiones médico-legales.* — a.) Como primera cuestión legal, estudiaremos la siguiente: *¿todo el que se suicida es un loco?* — Esta cuestión conviene dividirla con el objeto de resolverla bien.

Hay cuerdos que se suicidan, y son en este caso responsables; y, por el contrario, los locos que llegan á ese extremo no lo son. — Se dice por algunos: el instinto de conservación es muy fuerte en el hombre; luego, debe estar loco el que no escucha ese instinto. Esto es verdad, pero sucede que, á pesar de ese instinto, el hombre en condiciones especiales expone su vida, como, p. ej., en la guerra y en otros casos análogos.

Es cuestión de distinguir los casos: el suicidio apasionado y el suicidio del loco. Uno y otro caso se distinguen perfectamente. Así, p. ej., tómense dos suicidios, uno de la primera clase y el otro de la segunda; en el suicidio del cuerdo hay hasta cierto punto, si no razón de ser, al menos causa, como cuando se mata una persona después de un asesinato político, con el fin de evitar las consecuencias de su hecho; respondiendo en este caso su suicidio á evitar que lo juzguen, lo mutilen, etc., mientras que en el del loco no hay nada de eso; se mata porque sí. — Otro dato: en el suicidio pasional hay verdadera historia, es decir, hechos anteriores; así, el que se mata después de un asesinato político, ya ha ido con la idea de hacerlo, respondiendo ese fin al plan preconcebido, y formando parte de él; iba resuelto á todo, mientras que en el suicidio del loco no hay tales motivos. El suicida loco, como ya se

ha dicho, se mata porque sí, no siendo persona acostumbrada á agresiones, sin embargo de que puede darse ese caso; pero éste es un dato para demostrar que el suicida está loco, pues que de sus antecedentes pacíficos, p. ej., no se desprende que lo pueda hacer en su sano juicio.

También existen diferencias entre uno y otro, en cuanto el proyecto, existencias, plan y cómplice. El pasional responde á un fin determinado; el loco no, y toma muchas veces el sitio menos apropiado para ejecutar su intento.

Otro buen dato para distinguir el suicidio apasionado del loco se encuentra en el estudio de la naturaleza de la intención.

De lo expuesto se deduce que hay datos que permiten distinguir un suicidio de otro, con bastante certeza, si bien diremos de paso que en el suicidio responsable, ó sea el pasional, el individuo no está sereno por encontrarse dominado por la pasión, estado intermedio entre la sensatez y la locura y que no es ni una ni otra cosa.

b.) La principal cuestión pericial relativamente al suicidio consiste en *determinar si la vida se la ha quitado el propio sujeto ó si por el contrario su muerte es obra de extraña mano*; en una palabra, si se trata de un suicidio ó de un homicidio, que es lo que resolverá en definitiva el Juez en vista del examen pericial.

Los peritos pueden dictaminar en estas cuestiones con acierto, y para ello hay datos que se pueden calificar de generales, los unos, y de especiales los otros.

Datos generales. — Serían datos generales los relativos al sexo, la edad, la hora en que se produce el hecho, condiciones orgánicas, estado, posición y condiciones sociales, localidad y estación en que se lleva á cabo, antecedentes y otros análogos.

En cuanto el sexo, es más común el suicidio en el hombre que en la mujer; y relativamente á la edad en que estos hechos se producen, generalmente tienen lugar en una época que no es la niñez ni la vejez. El niño, por las razones que todo el mundo sabe: á esa edad en que todo sonríe, en que todo es candor ó inocencia, el alma no se sumerge nunca en la desesperación; y el viejo, por aquello de que: *cuanto más viejo más pellejo*, pues, á medida que más ha vivido, más apego le tiene á la vida.

La hora en que los suicidios se producen es por lo general de tarde ó de noche, debido á que el hombre recibe influencia directa y se adapta á las diversas fases por que el día pasa. Las horas de la mañana, calurosas y tranquilas, le infunden ese sosiego y paz interior; mientras que al declinar el día, esa tristeza que predomina en los elementos, lo contagia, sumergiéndolo en verdaderas tinieblas las tintas oscuras de la noche. Sin embargo, pueden darse suicidios por la mañana, sobre todo en aquellos casos en que el hombre desesperado no ha podido conciliar el sueño, etc.

Otro dato importante consiste en determinar si las armas con que se ha producido la muerte son propias ó ajenas.

Estos datos, como se ve, pueden ayudar al perito de una manera general, sin que pueda decirse que siempre que todos ellos

se encuentren, se trate de un suicidio y no de un homicidio.

Datos particulares. — Los datos particulares son los relativos á la causa de la muerte, que puede ser por asfixia, por lesiones corporales y por envenenamiento.

Tratándose de asfixia por sumersión, se puede decir que es un accidente ó un suicidio, pues nadie se vale de este medio para matar á un hombre, y sólo en algunos casos podría arrojarse al agua á la víctima después de consumado el crimen; de manera, pues, que se puede decir que la asfixia por sumersión no da armas al homicida para cometer el crimen, si bien puede suministrárselas para ocultarlo. — La asfixia por extrangulación es generalmente obra del homicidio y no del suicidio, mientras que la asfixia por suspensión es generalmente lo contrario. Es imposible que una persona use de la extrangulación del cuello para suicidarse, porque si á éste aprieta con violencia, perdería el sentido, y una vez así soltaría las manos que lo oprimían. — La asfixia por sofocación se emplea por lo general en el homicidio. Sin embargo, se cita el caso de una mujer que se suicidó merced á un tapón que se introdujo en la laringe.

Las lesiones personales pueden ser producidas por armas blancas, por las de fuego y por precipitación desde lugares altos. — Entre las armas blancas pueden citarse todas las que se han estudiado al tratar del homicidio y lesiones traumáticas. Deberá estudiarse la dirección de las heridas, el sitio, etc., para distinguir y precisar si se trata de un homicidio ó de un suicidio. Así, p. ej., encontrándose á un hombre degollado de arriba abajo y de izquierda á derecha, es de suponerse que se trata de un suicidio y no de un homicidio, pues en este último la dirección es de abajo arriba, á menos que sea zurdo. — Las heridas por armas de fuego, tratándose de suicidios, son por lo general en la frente, en la boca, en el oído debajo de la barba. No se mata ni puede matarse á distancia. Por otra parte, puede por ciertos datos concluirse, tratándose de armas de fuego, que es un caso de suicidio; así, p. ej., se encuentra el arma descargada junto al cadáver y la herida, ó mejor dicho, el proyectil coincide con el arma: suicidio. Hay además disparos que sólo el suicida puede hacerlos, como el que se hace dentro de la boca; sin embargo, se citó en la cátedra un caso de esta clase de heridas producidas en homicidio: se trataba de un muchacho muerto en un baile de campaña por un sargento, mediante un disparo que le hizo mientras conversaba, entrándole la bala por la boca. — Puede también distinguirse un suicidio de un homicidio merced á la cantidad de heridas producidas por diversas armas: blancas y de fuego, etc. En este caso es de presumirse que se trata de un homicidio, pues nadie se va á cortar en pedazos para tener luego el gusto de pegarse un tiro.

JOSÉ FERRANDO Y OLAONDO.

(Continuad.)